

EL IMPERIO DE LA RISA



Por Salvador Rangel Abud

EL IMPERIO DE LA RISA

Sinopsis

La historia oficial es una mentira bien peinada. Aquí va la verdad.

Nos han contado que Maximiliano de Habsburgo fue un emperador trágico, noble, víctima de las circunstancias. Que Carlota fue una mujer heroica, enloquecida por el dolor. Que el Segundo Imperio Mexicano fue un episodio solemne de nuestra historia patria.

Puras pendejadas.

Lo que realmente pasó fue mucho más simple y mucho más ridículo: un austriaco aburrido se creyó el cuento de que México necesitaba un emperador europeo, una belga ilustrada se convenció de que podía civilizar a los indios con decretos en francés, y un puñado de conservadores fracasados decidió que la solución a todos sus problemas era importar un rey como quien importa un reloj suizo.

El resultado fue una comedia de equivocaciones que duró tres años, costó miles de vidas, y terminó con un fusilamiento que ni siquiera salió como lo habían planeado. Porque en este país, hasta las tragedias salen chuecas.

Esta es la historia real del Segundo Imperio Mexicano contada sin el maquillaje de los libros de texto: Maximiliano era un dandy melancólico que confundió gobernar con decorar. Carlota era una intelectual frustrada que quería ser Rousseau pero con corona. Los conservadores mexicanos eran una bola de acomplejados que preferían obedecer a un extranjero antes que reconocer que habían perdido el país. Y Juárez tuvo que pasarse tres años explicándole a medio mundo que México ya tenía presidente y no necesitaba emperador.

Una sátira histórica irreverente que demuestra que la política mexicana del siglo XIX fue, es y será siempre una sucesión de malentendidos protagonizados por incompetentes bien vestidos.

Bienvenido al Imperio de la Risa.

Sobre el autor

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública y maestro en administración de hospitales, además de escritor aficionado. Con una obra que abarca sátira política contemporánea (El carrusel de la política), sátira filosófica renacentista (El arte del panadero), y comedia de costumbres (El fantasma de mi abuelo), Rangel Abud demuestra en esta novela su capacidad para aplicar el bisturí del humor a los mitos históricos más sagrados de México.

Su formación médica y administrativa le proporciona una perspectiva única sobre las patologías del poder, mientras que su vocación literaria le permite diagnosticar con humor lo que otros analizan con solemnidad.

ADVERTENCIA LEGAL Y DISCLAIMER

NATURALEZA DE LA OBRA:

Esta es una **obra de sátira histórica** que utiliza personajes, eventos y circunstancias reales del Segundo Imperio Mexicano (1864-1867) como base para una reinterpretación literaria con propósitos humorísticos, críticos y de comentario social.

PROTECCIÓN CONSTITUCIONAL:

Esta obra constituye un ejercicio legítimo de:

- **Libertad de expresión** protegida por el Artículo 6° de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos
- **Libertad de creación artística y literaria** protegida por el Artículo 7° Constitucional
- **Sátira política e histórica** como género literario reconocido y protegido internacionalmente

SOBRE LOS PERSONAJES HISTÓRICOS:

Todos los personajes principales de esta obra (Maximiliano de Habsburgo, Carlota de Bélgica, Benito Juárez, Napoleón III, y demás figuras históricas) son **personas fallecidas hace más de 100 años** y por lo tanto son **dominio público histórico**.

La caracterización de estos personajes es:

- **Interpretación literaria** basada en hechos históricos documentados
- **Licencia artística** aplicada a eventos reales
- **Sátira** de figuras públicas históricas, no difamación de personas vivas

SOBRE LOS HECHOS HISTÓRICOS:

Los eventos narrados están basados en:

- Documentos históricos verificables
- Testimonios de la época
- Investigación historiográfica seria
- Interpretación crítica del autor

Sin embargo, esta obra:

- NO pretende ser un tratado académico de historia
- NO sustituye a fuentes históricas primarias
- **SÍ** utiliza anacronismos intencionales para efectos humorísticos

- **SÍ** emplea lenguaje coloquial moderno deliberadamente
- **SÍ** exagera con propósitos satíricos

SOBRE REFERENCIAS CONTEMPORÁNEAS:

Las menciones a partidos políticos, figuras públicas o eventos contemporáneos son:

- **Comparaciones históricas legítimas** con propósitos de crítica política
- **Comentario social protegido** constitucionalmente
- **Opiniones del autor** en ejercicio de su libertad de expresión

NO CONSTITUYEN:

- Difamación de personas vivas
- Propaganda política partidista
- Violación de derechos de terceros

SOBRE EL LENGUAJE:

El uso de lenguaje coloquial, incluyendo expresiones consideradas vulgares o irreverentes, es:

- **Intencional y artístico**
- Parte integral del tono satírico de la obra
- Coherente con el estilo narrativo establecido desde el prólogo
- Protegido como expresión literaria

DESLINDE DE RESPONSABILIDAD:

El autor y los editores no se hacen responsables de:

- Interpretaciones que distorsionen el propósito satírico de la obra
- Uso de esta obra como fuente única de información histórica
- Ofensas que lectores puedan tomar por el tratamiento irreverente de figuras históricas que ellos consideren sagradas

ADVERTENCIA A LECTORES SENSIBLES:

Esta obra contiene:

- Humor irreverente sobre figuras históricas
- Lenguaje coloquial mexicano contemporáneo
- Crítica mordaz de instituciones y sistemas políticos
- Desmitificación deliberada de narrativas históricas oficiales
- Referencias a política contemporánea con fines comparativos

No es recomendada para quienes:

- Prefieren la historia oficial sin cuestionamientos
- Se ofenden con el tratamiento humorístico de figuras históricas
- Buscan textos académicos formales

- Son sensibles al lenguaje coloquial directo

INTENCIÓN DECLARADA:

El propósito de esta obra es:

- Cuestionar narrativas históricas oficiales mediante la sátira
- Humanizar figuras históricas presentándolas con defectos reales
- Utilizar el humor como herramienta de análisis histórico
- Demostrar que la sátira puede ser más reveladora que la solemnidad
- Ejercer el derecho a la crítica histórica y política

EN RESUMEN:

Esta es una **novela satírica**, no un libro de historia.

Es **ficción basada en hechos**, no reportaje periodístico.

Es **crítica con humor**, no falta de respeto gratuita.

Es **arte literario**, no propaganda política.

Si usted no puede distinguir entre sátira y difamación, entre humor y odio, entre crítica y ataque, **esta obra no es para usted.**

Detalles de publicación

Título: El imperio de la risa

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Sátira histórica / Humor político

Período: Segundo Imperio Mexicano (1864-1867)

Extensión: Novela completa (15 capítulos + prólogo + epílogo)

Idioma: Español (mexicano coloquial)

Año de publicación: 2025

Formato: Digital

Nota del autor

Escribí esta novela con tres propósitos claros:

Primero, demostrar que la historia mexicana es más interesante cuando se cuenta con honestidad brutal que cuando se adorna con patriotismo de utilería. Los libros de texto nos han vendido una versión aséptica del Segundo Imperio donde todos son héroes trágicos o villanos shakespearianos. La realidad fue más simple y más humana: gente confundida tomando decisiones terribles con las mejores intenciones.

Segundo, ejercer mi derecho constitucional a reírme del poder. Todo poder. Pasado y presente. Porque la risa es el antídoto contra la solemnidad fingida que convierte a políticos mediocres en estatuas de bronce. Maximiliano fue ridículo. Carlota fue ridícula. Los conservadores fueron ridículos. Y también lo fueron Juárez y los liberales en muchos

momentos. Todos lo fueron porque el poder siempre es ridículo cuando se le quita el maquillaje del protocolo.

Tercero, conectar el pasado con el presente. Porque México en 1864 y México en 2025 tienen más en común de lo que quisiéramos admitir: la misma tendencia a importar soluciones extranjeras para problemas locales, la misma capacidad para el autoengaño colectivo, y el mismo talento para convertir tragedias en comedias involuntarias.

Sobre el lenguaje:

Sé que algunas personas se ofenderán con expresiones como "puras pendejadas". Pero esa ofensa es precisamente el punto. La historia oficial utiliza lenguaje solemne para ocultar verdades incómodas. Yo uso lenguaje directo para revelarlas. Si "puras pendejadas" te ofende más que "episodio lamentable de nuestra historia", el problema no es el lenguaje, es tu relación con la verdad.

Sobre los anacronismos:

Sí, menciono a MORENA, Twitter, y referencias contemporáneas en una novela sobre el siglo XIX. Es intencional. No es ignorancia histórica, es técnica narrativa. Los anacronismos deliberados recuerdan al lector que esta no es historia académica, es comentario social disfrazado de historia. Como cuando Shakespeare pone relojes en la Roma antigua: sabe que no existían, pero le sirven para el efecto dramático.

Sobre los hechos históricos:

Todo lo sustancial es real: Maximiliano llegó a México convencido de que lo querían. Carlota enloqueció (o se volvió cuerda, según se mire). Los conservadores sí pensaron que un emperador austriaco era la solución. Juárez sí gobernó desde una carreta huyendo por el país. Los franceses sí se fueron cuando se aburrieron.

Lo que añadí es interpretación, humor y honestidad sobre las motivaciones reales. Porque los documentos históricos dicen lo que la gente hizo, pero raramente admiten por qué lo hicieron realmente.

Sobre las comparaciones políticas contemporáneas:

Comparo el Segundo Imperio con la política actual porque las similitudes son innegables. No es propaganda, es patrón reconocimiento. México lleva 200 años repitiendo los mismos errores con distintos disfraces. Señalarlo no es partidismo, es observación.

Finalmente:

Esta novela no pretende enseñar historia. Pretende cuestionar cómo nos han enseñado la historia. No busca reivindicar a nadie ni condenar a nadie. Busca humanizar a todos.

Si después de leerla piensas que fui injusto con Maximiliano, probablemente tengas razón. Si piensas que fui muy duro con Carlota,

puede ser. Si crees que idealicé demasiado a Juárez o lo critiqué demasiado, es posible.

Pero si terminas pensando que la historia oficial es más complicada de lo que te contaron, que los héroes tienen defectos y los villanos tienen razones, y que el pasado es más interesante cuando se cuenta con humor que cuando se narra con solemnidad...

Entonces esta novela cumplió su propósito.

Salvador Rangel Abud

México, 2025

Licencia y derechos de autor

Copyright © 2025 Salvador Rangel Abud. Todos los derechos reservados.

Esta obra está licenciada bajo Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

Usted es libre de:

- Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución** — Debe dar crédito apropiado, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios.
- **NoComercial** — No puede utilizar el material con propósitos comerciales.
- **SinDerivadas** — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no puede distribuir el material modificado.

Para ver una copia de esta licencia, visite:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Palabras clave

Segundo Imperio Mexicano, Maximiliano de Habsburgo, Carlota de Bélgica, Benito Juárez, sátira histórica, humor político, Intervención Francesa, conservadores mexicanos, liberales mexicanos, Napoleón III, revisionismo histórico, desmitificación, comedia histórica, México siglo XIX, guerra de Reforma, historia irreverente, crítica política, anacronismos intencionales, narrativa alternativa

Temas principales

- **Desmitificación histórica:** Cuestionamiento de narrativas oficiales sobre el Segundo Imperio

- **Humanización de figuras históricas:** Presentación de héroes y villanos como personas reales con defectos
 - **Sátira del poder:** Crítica humorística de las estructuras y rituales del poder político
 - **Incompetencia política:** Análisis de cómo la mediocridad puede alcanzar posiciones de autoridad
 - **Autoengaño colectivo:** Exploración de cómo sociedades enteras pueden creer en ficciones convenientes
 - **Intervención extranjera:** Crítica de la tendencia a importar soluciones foráneas para problemas locales
 - **Idealismo vs. realidad:** Contraste entre teorías políticas nobles y práctica política desastrosa
 - **Locura y cordura:** Cuestionamiento de qué significa estar cuerdo en contextos absurdos
 - **Repetición histórica:** Paralelismos entre errores del pasado y del presente
 - **Humor como herramienta de análisis:** Uso de la sátira para revelar verdades históricas
-

Advertencias adicionales de contenido

Esta obra contiene:

- **Lenguaje coloquial mexicano** incluyendo expresiones vulgares utilizadas con propósitos artísticos
- **Irreverencia deliberada** hacia figuras históricas tradicionalmente veneradas
- **Anacronismos intencionales** (referencias a Twitter, partidos políticos actuales, etc.)
- **Crítica política** de sistemas y prácticas tanto históricas como contemporáneas
- **Humor negro** sobre eventos trágicos (muertes, locura, guerra)
- **Desmitificación** de narrativas históricas oficiales
- **Comparaciones políticas** entre el siglo XIX y el XXI

No recomendada para:

- Lectores que buscan historia académica formal
- Personas que se ofenden con lenguaje directo
- Quienes prefieren la historia oficial sin cuestionamientos
- Lectores sensibles al tratamiento humorístico de tragedias históricas

- Quienes consideran que figuras históricas deben tratarse con solemnidad obligatoria

Recomendada para:

- Lectores con sentido del humor sobre la historia
 - Personas interesadas en perspectivas alternativas del pasado
 - Quienes disfrutan de la sátira política inteligente
 - Lectores que pueden distinguir entre humor y falta de respeto
 - Personas que cuestionan narrativas oficiales
-

Citas destacadas

"La historia oficial es una mentira bien peinada."

"Puras pendejadas." (sobre la versión romántica del Imperio)

"Un casting donde los jueces mentían, el candidato no entendía el papel, y el público no sabía que estaba en el teatro."

"México rechazó a Maximiliano no porque fuera austriaco, sino porque pretendía ser eficiente."

"Gobernó un imperio imaginario mejor que otros gobernaron imperios reales." (sobre Carlota)

"En México, hasta las tragedias salen chuecas."

Contexto histórico

El Segundo Imperio Mexicano (1864-1867) es uno de los episodios más estudiados y mitificados de la historia mexicana. La narrativa tradicional lo presenta como un enfrentamiento épico entre:

- **Los villanos:** Conservadores traidores que importaron un emperador extranjero
- **Los héroes:** Liberales republicanos liderados por Benito Juárez

Esta novela cuestiona esa simplicidad maniquea presentando a todos los involucrados como personas reales:

- Maximiliano: Un idealista ingenuo, no un tirano malvado
- Carlota: Una intelectual frustrada, no solo una loca trágica
- Los conservadores: Desesperados incompetentes, no monstruos calculadores
- Juárez: Un político astuto, no un santo laico

El propósito no es defender ni atacar a ningún bando, sino humanizar a todos y demostrar que la historia es más compleja —y más interesante— cuando se cuenta sin el maquillaje patriótico.

Fuentes históricas consultadas

Aunque esta es una obra de sátira, está basada en investigación histórica seria:

- Testimonios de época de participantes directos
- Correspondencia de Maximiliano y Carlota
- Documentos oficiales del Segundo Imperio
- Historiografía moderna sobre el período
- Biografías académicas de los protagonistas

La diferencia con textos académicos es el **tono**, no los **hechos**.

Cómo citar esta obra

Formato APA:

Rangel Abud, S. (2025). *El imperio de la risa*. Internet Archive.
[https://archive.org/details/\[identificador\]](https://archive.org/details/[identificador])

Formato MLA:

Rangel Abud, Salvador. *El imperio de la risa*. 2025. Internet Archive,
[https://archive.org/details/\[identificador\]](https://archive.org/details/[identificador])

Formato Chicago:

Rangel Abud, Salvador. *El imperio de la risa*. 2025. Internet Archive.
[https://archive.org/details/\[identificador\]](https://archive.org/details/[identificador])

IMPORTANTE: Al citar esta obra, especificar que es **sátira histórica**, no historia académica.

Para reflexión del lector

Después de leer esta novela, considere:

- ¿Qué otras narrativas históricas "oficiales" merecen ser cuestionadas?
 - ¿Por qué nos molesta más el lenguaje directo que las mentiras educadas?
 - ¿Cuánto de la historia que nos enseñaron es mito conveniente?
 - ¿Qué similitudes existen entre los errores del pasado y los del presente?
 - ¿Es la sátira una forma legítima de análisis histórico?
 - ¿Pueden coexistir el respeto por la historia y el humor sobre ella?
-

Contacto y más obras del autor

Para conocer más obras de Salvador Rangel Abud, visite su colección en Internet Archive donde encontrará:

- **El carrusel de la política** (sátira política contemporánea)

- **El arte del panadero** (sátira filosófica renacentista)
 - **El fantasma de mi abuelo** (comedia de costumbres)
 - Y más de 120 novelas adicionales en diversos géneros
-

Mensaje final

Esta novela no pretende ser la última palabra sobre el Segundo Imperio Mexicano.

Pretende ser **una palabra diferente** sobre él.

No busca sustituir la historia académica.

Busca **complementarla** con perspectiva crítica y humor.

No intenta faltarle al respeto a nadie.

Intenta **quitarle la solemnidad fingida** a todos.

Si te ofendes, es tu derecho.

Si reflexionas, cumplió su propósito.

Si te ríes mientras reflexionas, es perfecto.

Bienvenido al Imperio de la Risa.

EL IMPERIO DE LA RISA

La historia del Segundo Imperio Mexicano contada como debería contarse: con humor, cinismo, y honestidad brutal

Salvador Rangel Abud

2025

"Que descanse en paz el Imperio Mexicano. Duró poco, costó mucho, y no sirvió para nada. Pero nos hizo reír durante ciento cincuenta años. Y en un país donde la risa es el único lujo que todo el mundo puede permitirse, eso no es poco."

INDICE

Prólogo: Las cosas no son como nos las contaron

Capítulo 1. Carlota, la niña que leía a Rousseau y quería ser Juárez

Capítulo 2. Max, el hermano que heredó la barba pero no el imperio

Capítulo 3. El casting del emperador: México busca a su real idiota

Capítulo 4. Llegaron como en una ópera, pero cantaban rancheras

Capítulo 5. El trono con chinches

Capítulo 6. Decretos para idiotas: la agenda imperial

Capítulo 7. El gabinete de los horrores

Capítulo 8. Carlota en campaña

Capítulo 9. Las noches de Maximiliano

Capítulo 10. Benito y los 300 (republicanos)

Capítulo 11. Las tres Francesas del Apocalipsis

Capítulo 12. Carlota va a Europa y se vuelve loca (o cuerda, según se mire)

Capítulo 13. Max sin bigote ni balas

Capítulo 14. El fusilamiento de los ingenuos

Capítulo 15. Carlota sola, pero con corona

Epílogo: El Imperio de la Risa

Prólogo

Las cosas no son como nos las contaron...y tampoco como las contaremos.

Esto se escribe desde la pujante actualidad del siglo XXI, que no perdona tener que contar la historia como se le hincha la gana, al fin y al cabo el régimen gobernante se las gasta solo para inventar historias. Así que aquí va la verdad, contada desde el 2025, donde hemos aprendido que los políticos de hoy son los mismos payasos del ayer, solo que con Twitter en lugar de telegramas.

Comenzaremos diciendo, que la historia oficial es una mentira bien peinada. Nos han contado que Maximiliano de Habsburgo fue un emperador trágico, noble, víctima de las circunstancias y del destino inexorable. Que Carlota fue una mujer heroica, enloquecida por el dolor y la traición. Que el Segundo Imperio Mexicano fue un episodio solemne de nuestra historia patria, lleno de lecciones morales y dignidad republicana.

Puras pendejadas.

Lo que realmente pasó fue mucho más simple y mucho más ridículo: un austriaco aburrido se creyó el cuento de que México necesitaba un emperador europeo, una belga ilustrada se convenció de que podía civilizar a los indios con decretos en francés, y un puñado de conservadores fracasados decidió que la solución a todos sus problemas era importar un rey como quien importa un reloj suizo.

El resultado fue una comedia de equivocaciones que duró tres años, costó miles de vidas, y terminó con un fusilamiento que ni siquiera salió como lo habían planeado. Porque en este país, estimado lector, hasta las tragedias salen chuecas, y si no me creen pregúntenle a MORENA que tiene ya mucha experiencia en fracasos monumentales.

Esta es la historia real. La que no aparece en los libros de texto porque los historiadores serios prefieren inventar héroes y villanos antes que reconocer que la política mexicana del siglo XIX...y la del XX...y también la del XXI, fue y será siempre al parecer, básicamente, una sucesión de malentendidos protagonizados por incompetentes bien vestidos.

Aquí no encontrará usted discursos patrióticos ni lecciones de moral cívica. Aquí encontrará la verdad desnuda y sin maquillaje: que Maximiliano era un dandy melancólico que confundió gobernar con decorar; que Carlota era una intelectual frustrada que quería ser Rousseau pero con corona; que los conservadores mexicanos eran una bola de acomplejados que preferían obedecer a un extranjero antes que reconocer que habían perdido el país; y que Juárez, el único que parecía saber lo que hacía, aunque hay muchos que tienen grandes dudas al respecto, tuvo que pasarse tres años explicándole a medio mundo que México ya tenía presidente y no necesitaba emperador.

La historia oficial dirá que esto fue un choque de civilizaciones, un enfrentamiento entre el progreso y la barbarie, entre la monarquía y la república. Otra vez: puras pendejadas. Lo que pasó fue que un grupo de señoritos europeos vino a jugar al imperio en un país que no entendían,

con un pueblo que no los quería, sostenidos por un ejército que no era suyo, y financiados por un país francés que cambió de opinión a medio camino.

¿El resultado? Un desastre tan completo que hasta los propios protagonistas se dieron cuenta de que estaban actuando en una farsa. Maximiliano llegó a México convencido de que sería el nuevo Moctezuma; terminó preguntándose por qué nadie le explicó que Moctezuma había muerto mal. Carlota salió de Bruselas creyendo que civilizaría América; regresó a Europa hablando sola y convencida de que los mexicanos eran todos unos ingratos.

Y mientras tanto, el país siguió su curso: guerras, pronunciamientos, cuartelazos, y la eterna pregunta mexicana de quién manda cuando nadie obedece.

Esta novela no pretende enseñar nada. No busca reivindicar a nadie ni condenar a nadie. Es, simplemente, una visión diferente de cómo tres años de nuestra historia se convirtieron en una comedia involuntaria protagonizada por gente que se tomaba muy en serio a sí misma. Es la historia de un imperio que nunca existió, de un emperador que nunca gobernó, y de una emperatriz que nunca entendió dónde se había metido.

Es, en resumen, la historia de México contada como debe contarse: con humor, con cinismo, y con la certeza de que la realidad siempre supera a la ficción, especialmente cuando la realidad es mexicana.

Porque aquí, estimado lector, las cosas nunca son como nos las contaron. Y eso, francamente, es lo único que las hace interesantes.

Bienvenido al Imperio de la Risa.

Capítulo 1

Carlota, la niña que leía a Rousseau y quería ser Juárez

Carlota Amalia de Bélgica nació con el defecto de tomarse en serio las ideas ajenas. Mientras otras niñas de la realeza europea jugaban a las casitas o se dedicaban al bordado ornamental, ella organizaba juicios populares con sus muñecas, donde invariablemente condenaba a la aristocracia por parasitismo social y declaraba la república en el armario de juguetes.

Su padre, Leopoldo I, era de esos reyes que gobiernan países pequeños con la solemnidad de quien dirige un imperio. Bélgica le quedaba chica para sus ambiciones, pero grande para su talento. Compensaba la mediocridad con protocolo: si no podía ser Napoleón, al menos sería el rey mejor vestido de Europa. Su madre, Luisa María de Orleans, tenía esa melancolía particular de las princesas francesas que han visto demasiadas revoluciones: sonreía como quien sabe que la guillotina siempre está de moda.

Entre estos dos especímenes de la realeza europea, Carlota creció como un experimento de laboratorio: ¿qué pasa cuando educas a una niña como si fuera un político en miniatura? El resultado fue previsible: una adolescente que corregía los sermones del capellán, organizaba debates parlamentarios durante las cenas familiares, y tenía opiniones muy firmes sobre la administración pública de países que no había visitado nunca.

A los ocho años, Carlota ya había reorganizado el personal de servicio del palacio según principios meritocráticos. A los diez, propuso una reforma constitucional para Bélgica que incluía el voto femenino y la abolición de los títulos nobiliarios hereditarios. Su padre la escuchó con la paciencia de quien oye llover, y luego siguió firmando decretos como si nada hubiera pasado. Carlota interpretó este silencio como aprobación tácita y comenzó a redactar una constitución modelo para naciones en desarrollo.

Sus maestros no sabían qué hacer con ella. Le enseñaban historia y ella preguntaba por qué los reyes no rendían cuentas anuales a sus súbditos. Le daban clases de literatura y ella escribía ensayos sobre la función social del arte en las sociedades post feudales. En las lecciones de música, componía himnos republicanos. En las de danza, inventaba coreografías que representaban la lucha de clases.

Lo más preocupante para la corte belga era que Carlota había desarrollado una obsesión inexplicable con América. Leía todo lo que caía en sus manos sobre el Nuevo Mundo: desde las cartas de Cortés hasta los discursos de Simón Bolívar, pasando por una biografía muy inexacta de Benito Juárez que la dejó convencida de que un indio zapoteca era la prueba viviente de que la democracia funcionaba mejor que la monarquía.

—Un presidente que nació en una choza y gobierna desde un carruaje —escribió en su diario con la admiración de quien descubre que la meritocracia existe—. Mientras tanto, en Europa, seguimos eligiendo reyes por accidente genético.

Sus padres intentaron curarla de estas ideas peligrosas. La enviaron a convivir con otras familias reales, esperando que el contacto con la normalidad aristocrática la curara de sus fantasías igualitarias. El resultado fue el contrario: Carlota regresó más convencida que nunca de que la nobleza europea era una colección de parásitos hereditarios sin más mérito que haber nacido en la cama correcta.

—He conocido duques que no saben leer y condes que no saben contar —le escribió a su institutriz—. En cambio, he leído sobre presidentes americanos que construyeron sus propios países con las manos. ¿Dónde está la lógica?

A los quince años, Carlota ya era una amenaza para la estabilidad mental de cualquier corte europea. En las recepciones diplomáticas,

preguntaba a los embajadores por qué sus países no tenían constituciones modernas. En las cenas de gala, explicaba las ventajas del sistema republicano mientras cortaba el pavo. En los bailes, rechazaba a sus pretendientes después de examinarlos sobre filosofía política y encontrarlos deficientes.

Los candidatos a marido huían como de la peste. No porque Carlota fuera fea —era, de hecho, bastante atractiva— sino porque tenía la costumbre inquietante de preguntar cosas como: —¿Cuál es su posición respecto al sufragio universal? —o— ¿Ha leído usted a Montesquieu? — La mayoría de los príncipes europeos no había leído ni el menú del desayuno.

Fue en esta época cuando Carlota desarrolló su teoría personal sobre el gobierno ideal: una monarquía ilustrada que funcionara como una república disfrazada. El rey como primer funcionario público, la reina como ministra de educación, y el pueblo como jefe supremo. Era una idea tan revolucionaria que ni ella misma se atrevía a explicarla completamente en voz alta.

Sus ensayos políticos, escritos en un francés impecable y con referencias a autores que la mayoría de los intelectuales europeos apenas conocían de nombre, circulaban discretamente entre los salones liberales de París y Londres. Algunos los atribuían a un filósofo alemán, otros a un profesor de la Sorbona. Nadie imaginaba que los escribía una princesa belga que no había cumplido los veinte años.

La obsesión de Carlota con México comenzó como curiosidad intelectual y terminó como vocación mesiánica. Había leído que era un país rico, poblado por indígenas nobles, gobernado por un presidente que había nacido pobre, y permanentemente amenazado por la intervención extranjera. Le parecía el laboratorio perfecto para sus teorías políticas.

—México es lo que Europa podría ser si no estuviera corrompida por siglos de feudalismo —escribió en una carta que nunca envió—. Un país donde las ideas importan más que los apellidos.

Por supuesto, Carlota no sabía nada real sobre México. Su información venía de libros escritos por viajeros románticos, misioneros nostálgicos, y diplomáticos que confundían sus fantasías con reportes oficiales. En su imaginación, México era una mezcla de Grecia antigua y paraíso tropical, habitado por filósofos naturales que esperaban ansiosamente la llegada de la civilización europea.

Cuando finalmente le llegó la propuesta de matrimonio de Maximiliano —un archiduque austriaco con fama de liberal y afición por la botánica— Carlota no vio a un pretendiente, sino a un socio potencial para sus proyectos de regeneración americana.

—Es perfecto —le confió a su dama de compañía—. Un Habsburgo con ideas modernas. Exactamente lo que necesita México: legitimidad dinástica al servicio del progreso social.

La dama de compañía, que tenía más mundo que su señora, se limitó a sonreír. Había conocido a muchos nobles con ideas modernas. Por lo general, las ideas duraban hasta la primera dificultad real.

Pero Carlota no estaba dispuesta a escuchar advertencias. Ya se veía entrando triunfalmente a la Ciudad de México, acompañada por un emperador ilustrado, aclamada por multitudes agradecidas, dispuesta a demostrar al mundo que una princesa europea podía gobernar América mejor que los propios americanos.

Era, por supuesto, una fantasía completa. Pero las fantasías, cuando las tienen personas con recursos y poder, tienen la mala costumbre de convertirse en realidad. Y las realidades, cuando chocan con fantasías poderosas, tienen la costumbre aún peor de transformarse en catástrofes.

Carlota, la niña que leía a Rousseau y soñaba con ser Juárez, estaba a punto de descubrir que gobernar un país no es lo mismo que reorganizar un armario de juguetes. Pero eso, como todo lo verdaderamente educativo en esta historia, vendría después.

Capítulo 2

Max, el hermano que heredó la barba pero no el imperio

Maximiliano Fernando María de Habsburgo nació con el karma del segundón: toda la educación de un emperador y ningún imperio que gobernar. Como esos hijos de ricos que estudian administración de empresas para manejar negocios que ya quebraron, Max recibió clases de protocolo real para reinar sobre nada, lecciones de estrategia militar para guerras que no iba a pelear, y cursos intensivos de dignidad imperial para impresionar a súbditos que no existían.

Su hermano mayor, Francisco José, se había apoderado del trono austriaco con la naturalidad de quien se sienta en su silla favorita. A los dieciocho años ya firmaba sentencias de muerte mientras desayunaba, declaraba guerras como quien planea un picnic, y manejaba el presupuesto imperial con la frialdad de un contador público. Max, mientras tanto, se dedicaba a actividades más nobles: escribir poemas sobre la melancolía del poder, diseñar uniformes que nunca usaría, y reorganizar bibliotecas según criterios estéticos que solo él comprendía.

La diferencia entre los hermanos era abismal y patética. Francisco José tenía la personalidad de un archivo gubernamental: ordenado, eficiente, y mortalmente aburrido. Max poseía el alma de un artista fracasado: sensible, pretencioso, y completamente inadaptado para cualquier trabajo que requiriera contacto con la realidad. Si Francisco José era un martillo, Max era un florero: bonito de ver, pero inútil para construir algo sólido.

Su madre, la archiduquesa Sofía, contemplaba a su hijo menor con esa mezcla de amor y desesperación que sienten las madres de hijos artistas. Había criado a un emperador funcional y a un príncipe ornamental. Francisco José le daba nietos y victorias militares; Max le daba dolores de cabeza y composiciones poéticas que nadie pedía. En las reuniones familiares, presentaba a uno como —mi hijo el emperador— y al otro como —mi hijo... el otro—.

El drama de Max comenzó temprano. A los cinco años, cuando otros niños jugaban con soldaditos de plomo, él organizaba parlamentos en miniatura donde debatía los derechos civiles de sus juguetes. A los diez, ya había redactado una constitución para su cuarto que incluía la división de poderes entre la cama, el escritorio y el armario. A los quince, fundó una república imaginaria en el jardín del palacio, con él como presidente vitalicio y las flores como ciudadanas con derecho al voto.

Sus tutores no sabían si educarlo o internarlo. Le enseñaban historia militar y él preguntaba por qué Napoleón no había intentado la diplomacia en lugar de cañonazos. Le daban clases de economía y él proponía sistemas monetarios basados en el trueque de sonetos. En las lecciones de equitación, se negaba a usar espuelas porque —lastiman la dignidad del caballo—. Sus profesores desarrollaron úlceras y tendencias alcohólicas. El presupuesto real para maestros particulares se duplicó cada año.

La corte vienesa lo trataba con esa cortesía tensa que se reserva para los parientes problemáticos. En las recepciones oficiales, Max aparecía con uniformes que él mismo había diseñado según principios estéticos superiores. Colores que no existían en ningún reglamento militar, condecoraciones inventadas para ocasiones hipotéticas, y una banda presidencial que había mandado hacer por si algún día decidía convertirse en republicano. Los diplomáticos extranjeros lo fotografiaban como curiosidad antropológica.

Sus conversaciones eran legendarias por su capacidad de generar silencios incómodos. En una cena de gala, le preguntó al embajador prusiano si había considerado la poesía como instrumento de política exterior. Al ministro de guerra francés le sugirió que los cañones serían más efectivos si estuvieran decorados con motivos florales. La esposa del canciller británico aún recordaba, años después, la noche que Max le explicó durante cuatro horas su teoría sobre la jardinería como metáfora del buen gobierno.

Cuando cumplió veinticinco años, Francisco José decidió que era hora de hacer algo productivo con su hermano. Le ofreció el gobierno del Reino Lombardo-Véneto, no por confianza en sus habilidades, sino por el mismo motivo que se manda a los adolescentes problemáticos a campamentos de verano: para que molesten en otra parte. Max aceptó

con el entusiasmo de un misionero que finalmente recibe su destino en tierra pagana.

Su administración en Lombardía fue un desastre poético. Llegó a Milán con dieciséis baúles de libros, tres equipos de jardinería, y un plan de reforma social que había redactado durante el viaje. Su primer decreto abolió los impuestos sobre actividades creativas. Su segundo decreto estableció bibliotecas públicas en pueblos donde el noventa por ciento de la población era analfabeta. Su tercer decreto declaró el alemán como idioma opcional para preservar la diversidad lingüística. Los lombardos pensaron que se trataba de una broma de mal gusto.

Los italianos no sabían qué hacer con él. Esperaban un tirano austriaco al uso: brutal, eficiente, predecible. En cambio, les tocó un filósofo decorativo que organizaba recitales de poesía en dialecto véneto y fundaba escuelas de arte para campesinos que preferían seguir siendo campesinos. Sus reformas eran hermosas en teoría e inútiles en la práctica. Como regalar paraguas en el desierto.

Max interpretó la hostilidad lombarda como incompreensión temporal. — Son siglos de opresión los que han matado su instinto estético —escribió en su diario—. Pero la belleza prevalecerá sobre la barbarie. —Mientras tanto, la belleza prevalecía principalmente en los jardines de su residencia oficial, que mandó rediseñar según principios geométricos que había aprendido en un tratado de filosofía hermética. Los gastos de mantenimiento equivalían al presupuesto educativo de tres provincias.

Francisco José lo retiró del cargo con la delicadeza de quien guarda un jarrón agrietado: sin escándalo, pero con prisa. Max regresó a Austria convencido de que Europa no merecía sus talentos. —Este continente está demasiado corrompido por la tradición —le escribió a Carlota—. Necesitamos un territorio virgen donde sembrar las semillas del progreso. —Como si el progreso fuera un jardín botánico y él tuviera las manos verdes.

Se refugió entonces en Miramar, su castillo junto al mar, que diseñó con la obsesión de un arquitecto loco. Cada habitación tenía un propósito simbólico: el salón de los espejos para reflexionar sobre la vanidad humana, la biblioteca organizada por sistemas políticos en lugar de autores, escaleras que representaban el ascenso espiritual y la decadencia moral. Los invitados que no comprendían el código eran discretamente excluidos de futuras reuniones. Era una especie de Disneylandia filosófica para un solo usuario.

Allí vivía con Carlota, su esposa belga, que lo amaba con esa devoción particular de las mujeres intelectuales enamoradas de proyectos imposibles. Compartían lecturas edificantes, debates políticos abstractos, y largas caminatas entre las flores. Ella tomaba notas para sus futuros planes de gobierno; él componía himnos para países que no existían. Criaban gorriones con nombres de filósofos griegos y discutían

la política internacional como si fuera una novela epistolar. Era una vida encantadora, como todo lo que no tiene consecuencias reales.

Fue en ese paraíso artificial donde llegó la carta que cambiaría todo. Una comitiva mexicana —conservadores católicos en bancarrota moral y económica— le ofrecía lo que Francisco José nunca le daría: un trono propio. Un imperio completo, con volcanes, pirámides, indios pintorescos, y una constitución que podía redactarse desde cero. Max leyó la propuesta con la emoción de un coleccionista que descubre una pieza única.

No entendía por qué lo habían elegido precisamente a él. Los mexicanos tampoco lo entendían muy bien, pero necesitaban un emperador europeo con urgencia, y Max era el único disponible que no estaba oficialmente loco o en la cárcel. Era como comprar un coche usado: no el que uno quiere, sino el que se puede pagar.

Carlota vio inmediatamente las posibilidades. —Es la oportunidad perfecta —le dijo mientras paseaban entre los rosales de Miramar—. Un país joven, sin los vicios de Europa, donde podemos aplicar nuestras teorías sin interferencias dinásticas.

Max asintió con entusiasmo. En su imaginación, México era un lienzo en blanco donde pintaría la obra maestra de su vida: un imperio ilustrado, una monarquía republicana, una democracia con corona.

Francisco José, cuando se enteró de los planes mexicanos, reaccionó con esa risa seca que reservaba para las ocurrencias de su hermano. —¿Tú? ¿Emperador de México? ¿Con ese bigote de opereta? —Pero accedió a dejarlo ir. Tal vez por curiosidad, tal vez por conveniencia. Le impuso una sola condición: debía renunciar a sus derechos dinásticos austriacos. Max firmó sin dudarlo, como quien renuncia a un trabajo que odia para seguir su vocación artística.

Los preparativos fueron una comedia en tres actos. Primer acto: Max estudió mapas de México con la concentración de un general planificando una campaña. Memorizó nombres de ciudades que no sabía pronunciar, ríos que nunca había visto, montañas que existían más en su imaginación que en la geografía real. Segundo acto: Carlota organizó el equipaje como si fuera una expedición científica. Libros de filosofía política, semillas de plantas europeas, planos arquitectónicos para palacios, y una colección completa de las obras de Rousseau traducidas al español. Tercer acto: la despedida en Miramar, una representación teatral donde todos interpretaron papeles que no se creían.

La cena de despedida fue memorable por su aire de irrealidad. Brindaron con champán francés por el futuro imperio mexicano. Un poeta de la corte recitó versos sobre la civilización que cruza el océano. Max pronunció un discurso sobre el destino manifiesto de la ilustración europea en América. Carlota leyó fragmentos de su ensayo titulado El arte de gobernar pueblos primitivos con amor. Nadie mencionó que

México tenía presidente constitucional, ejército propio, y una larga tradición de fusilar a los invasores extranjeros.

Y así partió el archiduque Max hacia su destino mexicano: cargado de buenas intenciones, planes irrealizables, y una ignorancia tan completa sobre su futuro reino que resultaba casi entrañable. Llevaba en el equipaje uniformes diseñados por él mismo, una constitución redactada en Miramar, y la certeza de que los mexicanos lo estaban esperando con mariachis y flores. Ignoraba que lo esperaban Benito Juárez con un ejército, los conservadores con traiciones, y la historia con una lección que no aparece en los manuales de protocolo real: gobernar un país no es lo mismo que decorar un castillo.

Pero Max era feliz. Por primera vez en su vida, tenía un reino propio, un proyecto serio, una oportunidad de demostrar que un Habsburgo sensible podía ser mejor emperador que un Habsburgo práctico. Había heredado la barba familiar, y ahora creía estar por heredar también la gloria. La realidad, por supuesto, tenía otros planes. Pero eso aún estaba por verse.

Capítulo 3

El casting del emperador: México busca a su real idiota

Los conservadores mexicanos de 1863 tenían esa cualidad especial de la gente que convierte sus fracasos en misiones divinas. Después de perder contra Juárez con la elegancia de un elefante patinando sobre hielo, se reunieron en lo que quedaba del Club de la Unión —porque hasta el nombre del lugar sonaba a funeral— para inventar una solución que fuera, al mismo tiempo, grandiosa e idiota. Es decir, perfectamente mexicana.

—Señores —dijo don José María Gutiérrez de Estrada, ajustándose los lentes que ya no le servían para leer el futuro—, hemos probado con presidentes mexicanos y fracasamos. Hemos intentado con dictadores mexicanos y fracasamos. Obviamente, el problema no somos nosotros. El problema es que los emperadores tienen que ser importados, como el buen vino y las ideas inteligentes.

Los asistentes asintieron con esa solemnidad que caracteriza a los hombres importantes cuando dicen estupideces importantes. Estaban ahí todos los grandes nombres del conservadurismo nacional: generales que habían perdido todas sus batallas, ministros que habían quebrado todas las arcas, y obispos que predicaban sobre la pobreza desde sillones tapizados en terciopelo francés. Una colección completa de fracasos distinguidos.

—Pero no cualquier emperador —aclaró el general Juan Nepomuceno Almonte, que tenía esa costumbre militar de explicar lo obvio como si fuera estrategia—. Necesitamos uno católico, para que nos perdone los

pecados. Uno europeo, para que nos respeten afuera. Y uno suficientemente tonto, para que no se dé cuenta de en qué lío se está metiendo.

No lo dijo así, por supuesto. Los conservadores tenían demasiada educación para hablar con tanta claridad. Pero era exactamente lo que pensaban, aunque lo expresaran con frases como —un soberano de convicciones tradicionales, prestigio continental, y noble candor—.

El problema inmediato era encontrar candidatos. Europa estaba llena de príncipes desempleados, pero la mayoría tenía el defecto profesional de informarse antes de aceptar trabajos. Los conservadores necesitaban alguien que dijera que sí primero y preguntara después. Como esos novios que se casan por correspondencia.

Don José María se hizo cargo del casting. Redactó una carta que era una obra maestra de la literatura de ficción. Describía México como un país próspero, pacífico, y ansioso de gobierno monárquico. No mencionaba la guerra civil en curso, las arcas vacías, ni el detalle de que la mayoría de los mexicanos preferían fusilar emperadores antes que aclamarlos. Era como vender un departamento sin mencionar que está en llamas.

—¿Y si pregunta por la situación real? —se preocupó el arzobispo Pelagio Antonio de Labastida, que tenía esa prudencia clerical de quien conoce las diferencias entre el cielo prometido y el infierno entregado.

—No preguntará —lo tranquilizó Almonte—. Los príncipes europeos no preguntan por detalles. Preguntan por protocolo. Si le mandamos una corona bonita y un mapa donde todo se vea verde, firmará donde le digamos.

Y tenía razón. Los Habsburgo, especialmente los segundones, eran como esos compradores compulsivos que firman contratos sin leer las letras chiquitas. La tradición familiar de gobernar por derecho divino los había vuelto inmunes a la realidad práctica.

La comisión que viajó a Europa era una representación perfecta del México conservador: elegante, educada, y completamente desconectada de la realidad nacional. Encabezada por Gutiérrez de Estrada —que llevaba más años en el exilio parisino que muchos franceses nativos— incluía a José Hidalgo, un diplomático que hablaba mejor francés que español, y al padre Francisco Javier Miranda, un jesuita que creía que todos los problemas mexicanos se resolvían con más misas y menos constituciones.

En París fueron recibidos como curiosidades exóticas. Los salones del Segundo Imperio estaban llenos de proyectos pintorescos: un ferrocarril transahariano, una plantación de café en Siberia, una ópera sobre la conquista de la Luna. El plan de conseguir un emperador para México no era ni la idea más descabellada de la temporada.

Napoleón III los escuchó con esa sonrisa que reservaba para los planes que le convenían sin costarle nada. Un emperador francófilo en México significaba mercados cautivos, influencia continental, y la oportunidad de molestar a los estadounidenses sin declarar la guerra formalmente. Además, le gustaba la idea de exportar monarquías como quien exporta champán: productos de lujo para mercados emergentes.

—Es una idea brillante —les dijo, mientras calculaba cuántas tropas necesitaría para mantener brillante la idea—. Francia siempre ha creído en la vocación imperial de los pueblos civilizados.

No especificó si se refería a México o a Francia, pero los mexicanos prefirieron entender lo que les convenía.

El primer candidato fue un príncipe portugués que rechazó la oferta después de consultar un atlas. —¿México? ¿Eso no está junto a California? ¿Y California no se la quedaron los estadounidenses después de ganarle una guerra a los mexicanos? ¿Y ustedes quieren que yo gobierne a los que perdieron contra los estadounidenses? —Tenía demasiada lógica para el trabajo.

El segundo fue un duque de Parma que pidió un adelanto de sueldo. Cuando le explicaron que el sueldo dependía de cobrar impuestos a mexicanos que preferían no pagarlos, decidió quedarse administrando sus viñedos italianos. Al menos las uvas no se rebelaban.

El tercero fue un conde bávaro que confundió México con Marruecos y llegó a la entrevista preguntando si necesitaría aprender árabe. Gutiérrez de Estrada decidió que quizás era mejor buscar candidatos con nociones básicas de geografía.

Fue entonces cuando alguien —nunca quedó claro quién— mencionó el nombre de Maximiliano de Habsburgo. Era perfecto para los estándares del casting: joven, guapo, católico, educado, y con esa característica esencial de los príncipes segundones: una ignorancia total sobre todo lo que no fuera protocolo europeo y jardinería ornamental.

—Además —añadió Hidalgo con entusiasmo diplomático—, está casado con una princesa belga que lee libros de política. Imaginen: una emperatriz que entiende de gobierno. Será como tener dos cerebros en lugar de uno.

No sabían que Carlota entendía de gobierno tanto como Max entendía de México: pura teoría sin ningún contacto con la práctica. Pero sonaba bien en el papel, y los conservadores habían aprendido a confiar más en el papel que en la realidad.

La propuesta llegó a Miramar envuelta en papel dorado y sellada con cera roja. Max la leyó como quien lee un boleto de lotería premiado. Carlota la leyó como quien lee la invitación a una cruzada personal. Ninguno de los dos la leyó como lo que era: una trampa elaborada por especialistas en fracasos.

—Es la oportunidad perfecta —le dijo Carlota a Max mientras paseaban por los jardines del castillo—. Un país virgen, sin los vicios de Europa, donde podemos aplicar todo lo que hemos estudiado sobre gobierno ilustrado.

Max asintió, viendo ya su retrato en los libros de historia: Maximiliano I, el emperador que llevó la civilización a América. No veía el otro retrato posible: Maximiliano I, el último fusilado de la guerra de Reforma.

Mientras tanto, en México, los conservadores preparaban la escenografía. Organizaron manifestaciones donde sólo participaban sus empleados domésticos. Redactaron actas de ayuntamientos que pedían emperador con la misma espontaneidad con que piden aguinaldo. Sobornaron periodistas para que escribieran editoriales sobre la vocación monárquica del pueblo mexicano, una vocación tan evidente que nadie la había notado en cuarenta años de independencia.

El padre Miranda llegó hasta los púlpitos. En misa mayor, después del evangelio, anunciaba: —Hermanos, Dios en su infinita sabiduría nos manda un emperador católico para gobernarnos con justicia. —Los feligreses lo escuchaban con esa paciencia que caracteriza a la gente piadosa cuando oye disparates santos. Algunos preguntaban si el emperador vendría con milagros incluidos.

Benito Juárez, desde su carruaje presidencial itinerante, leía los periódicos conservadores como quien lee novelas de aventuras. —Miren nada más —le comentaba a Sebastián Lerdo de Tejada—. Ahora resulta que los mexicanos siempre quisimos emperador. Cuarenta años de independencia y nunca nos dimos cuenta de que éramos monárquicos. Qué distraídos hemos sido.

Lerdo, que tenía ese humor seco de los intelectuales en el poder, respondió: —Don Benito, usted no entiende. Ellos no buscan un emperador para México. Buscan un México para su emperador. Es completamente diferente.

Y tenía razón. Los conservadores habían inventado un país imaginario —próspero, ordenado, católico, tradicionalista— y ahora necesitaban un emperador imaginario que gobernara ese país que sólo existía en sus discursos y en las cartas que mandaban a Europa.

La respuesta de Max llegó un martes de abril de 1864, con matasellos de Trieste y letra de príncipe educado. Decía que sí. Que aceptaba la corona mexicana. Que se sentía llamado por la Providencia para civilizar América. Que traería a México el orden, la prosperidad, y la cultura europea. Firmaba: Vuestro futuro emperador, Maximiliano.

Los conservadores celebraron con champán francés y mariachis contratados. Almonte brindó —Por el emperador que tendremos—. Gutiérrez de Estrada brindó —Por el México que merecemos—. El arzobispo Labastida brindó —Por la voluntad de Dios, que siempre coincide con nuestros planes—.

Nadie brindó por Max, que acababa de firmar su sentencia de muerte con tinta azul y papel membretado.

Y así se eligió al emperador de México: no por votación popular, ni por derecho dinástico, ni por conquista militar. Sino por un casting donde los jueces mentían, el candidato no entendía el papel, y el público no sabía que estaba en el teatro. Fue el triunfo del método mexicano: resolver problemas complicados con soluciones imposibles, esperando que la realidad se adapte a la fantasía en lugar de adaptar la fantasía a la realidad.

Como decía don Sebastián Lerdo: —Los conservadores han inventado un emperador. Ahora falta ver si pueden inventar también un imperio.

El tiempo se encargaría de demostrar que inventar emperadores es más fácil que inventar imperios. Pero eso vendría después, cuando Max descubriera que gobernar México no es lo mismo que administrar un jardín botánico en la costa adriática.

Capítulo 4

Llegaron creyendo que era una ópera, pero cantaban rancheras

Veracruz, 28 de mayo de 1864. El puerto hervía bajo un sol que habría derretido las ambiciones de Napoleón en Egipto. El vapor Novara se acercaba como un cisne perdido en un corral de cerdos: elegante, reluciente, y completamente inconsciente de dónde se había metido. A bordo venían Sus Majestades Imperiales con el mismo aire de confianza de un vendedor de enciclopedias tocando en casa de analfabetos.

Maximiliano se asomaba por la borda con los ojos brillantes de quien va a estrenar juguete nuevo. Había pasado el viaje leyendo tratados sobre el arte de gobernar pueblos primitivos y practicando saludos regios frente al espejo de su camarote. Carlota, en cambio, llevaba tres días vomitando lo que le quedaba de fe en la aventura mexicana, pero mantenía la compostura con esa dignidad belga que convierte las náuseas en distinciones aristocráticas.

—¿Ves, querida? —le decía Max señalando hacia el puerto—. ¡Qué colorido! ¡Qué pintoresco! Es exactamente como lo describieron en París.

Carlota se limpiaba los labios con un pañuelo bordado y miraba el mismo paisaje con otros ojos: un puerto sucio, edificios despintados, y una multitud que parecía más curiosa que entusiasta. Pero tenía demasiada educación para contradecir a su marido en público, así que asintió con la sonrisa tensa de quien acaba de descubrir que la casa de sus sueños tiene termitas.

En el muelle los esperaba lo que los conservadores mexicanos habían logrado improvisar con dos semanas de anticipación y un presupuesto de kermese: una banda militar que desafinaba con disciplina prusiana,

un grupo de funcionarios sudorosos vestidos con sus mejores trapos de misa, y una alfombra roja que en realidad era un petate pintado de rojo la noche anterior.

El general Almonte, responsable del protocolo, había ensayado el recibimiento como si fuera la coronación en Westminster. En la práctica, todo salió como salen las cosas cuando se pretende ser lo que no se es: con la solemnidad de una pastorela de barrio y la elegancia de un velorio de pueblo.

—¡Su Majestad Imperial Maximiliano Primero, Emperador de México! —gritó el heraldo oficial, que era en realidad un empleado de correos al que habían vestido con un uniforme de carnaval.

Max bajó del barco saludando como si fuera el Papa en Semana Santa, mientras Carlota lo seguía con la expresión de quien acaba de pisar algo pegajoso pero no sabe exactamente qué.

El primer discurso de bienvenida lo pronunció don Joaquín Velázquez de la Cadena, un conservador que había aprendido francés leyendo novelas de Julio Verne. Su Majestad lo escuchó con atención cortés, sin darse cuenta de que lo que oía como noble misión civilizadora era en realidad espero que traiga dinero porque aquí no hay ni para flores.

—Señores —dijo Max en su primera declaración pública en suelo mexicano—, vengo a servir a este noble pueblo con todo mi corazón y toda mi ciencia.

Un niño que había escapado del control materno gritó desde atrás: —¡Y toda su barba! —lo que provocó risas contenidas y carraspeos diplomáticos.

Max sonrió paternal. Carlota tomó nota mental: Educar al pueblo en protocolo imperial. Urgente.

La caravana hacia la capital se organizó como una procesión religiosa diseñada por un comité de sordos. Cada parada había sido cuidadosamente coreografiada por los conservadores locales, que habían prometido multitudes entusiastas y entregaron grupos de empleados domésticos con instrucciones de gritar ¡Viva! cuando se diera la señal.

En Córdoba, los recibió el prefecto político con un banquete donde la comida picante dejó a Max preguntándose si los mexicanos consideraban el fuego como condimento o como tradición masoquista. Carlota probó un chile relleno y pasó el resto de la comida bebiendo agua con la dignidad de quien toma champán en Versalles.

—Es... muy expresivo el sabor local —comentó diplomáticamente, mientras su boca parecía el monte Vesubio en erupción.

—Así es como templamos el carácter, Majestad —respondió el prefecto, que había ordenado especialmente los chiles más picantes para probar si los emperadores europeos tenían estómago mexicano.

Resultado: no lo tenían.

En Orizaba montaron una función de teatro en honor de Sus Majestades. La obra se llamaba El triunfo de la civilización sobre la barbarie, escrita especialmente para la ocasión por un poeta local que confundía la métrica con la aritmética. Los actores eran empleados del ayuntamiento disfrazados, el escenario era la plaza principal con sábanas colgadas, y el argumento consistía en que unos indios salvajes (interpretados por los peones del alcalde) se civilizaban inmediatamente al ver llegar a un príncipe europeo (interpretado por el maestro de escuela con una corona de cartón).

Max aplaudió con genuino entusiasmo. —¡Qué maravillosa alegoría! —le susurró a Carlota—. ¿Ves cómo el arte popular refleja las aspiraciones del pueblo?

Carlota veía otra cosa: una representación involuntariamente profética de lo que les esperaba. Pero guardó silencio, porque había aprendido que contradecir a Max en público era como explicar chistes: arruinaba el espectáculo para todos.

El viaje se convirtió en una sucesión de malentendidos pintorescos. En cada pueblo, Max saludaba en francés a gente que le respondía en náhuatl. Carlota repartía sonrisas como si fueran monedas de oro, sin darse cuenta de que las recibían como billetes de banco extranjero: con cortesía, pero sin mucha confianza en su valor.

En Puebla, el obispo los esperaba con una misa solemne en la catedral. Max escuchó el sermón —Dios ha enviado a Su Majestad para restaurar el orden cristiano— con la atención de quien oye una conferencia sobre sus propias virtudes. Carlota notó que la mitad de los asistentes bostezaba y la otra mitad se santiguaba con demasiada frecuencia, como si estuviera conjurando algo.

—Monseñor —le preguntó Max al obispo después de la ceremonia—, ¿es cierto que el pueblo mexicano tiene profunda vocación monárquica?

—Profundísima, Majestad —respondió el prelado con la cara seria de quien vende indulgencias—. Tan profunda que a veces ni ellos mismos la reconocen. Pero está ahí, esperando ser despertada.

Era como decir que alguien tenía vocación de mártir, pero aún no lo sabía.

A medida que se acercaban a la capital, las multitudes se hacían más escasas y los vítores más obligados. Los conservadores locales explicaban que el pueblo está trabajando, pero Carlota empezaba a sospechar que el pueblo estaba trabajando en otras cosas, como evitar a los emperadores.

En Texcoco, un grupo de liberales colocó una manta que decía: El pueblo no pidió rey. Queremos presidente. Fue retirada antes de que Sus Majestades llegaran, pero algunos testigos comentaron que había sido

aplaudida. Almonte explicó que se trataba de agitadores pagados por los yankees, una explicación que usaba para todo lo que no podía explicar de otra manera.

La entrada a la Ciudad de México fue el momento cumbre de la comedia involuntaria. Los conservadores habían prometido multitudes exultantes y entregaron grupos dispersos de curiosos. Las calles estaban limpias, pero no decoradas. Las banderas habían sido distribuidas esa mañana a los vecinos con instrucciones de agitarlas con entusiasmo patriótico, pero el resultado parecía más un ejercicio de gimnasia obligatoria que una celebración espontánea.

Max saludaba desde el carruaje como si desfilara por los Campos Elíseos. Carlota sonreía con la profesionalidad de quien ha aprendido que la realeza es, principalmente, un trabajo de actuación. Pero ambos notaban que algo no cuadraba entre lo que habían imaginado y lo que veían: la diferencia entre una ópera de Wagner y una función de títeres.

Un vendedor de periódicos gritó: —¡Compren El Siglo! ¡Llegó el emperador que nadie pidió! —Fue callado inmediatamente, pero su voz quedó flotando en el aire como esas verdades incómodas que no se pueden desoír una vez pronunciadas.

El Palacio Nacional los recibió con la hospitalidad de un hotel de segunda: funcional, pero sin pretensiones. Max había esperado algo parecido a Versalles y encontró algo parecido a una oficina gubernamental con sillones. Carlota había soñado con salones dorados y encontró despachos con escritorios de pino.

—¿Este es el palacio imperial? —preguntó Carlota con la delicadeza de quien no quiere ofender pero necesita confirmar.

—Es el que tenemos, Majestad —respondió el chambelán, un conservador que había aprendido protocolo leyendo novelas de capa y espada—. Pero con algunas reformas...

Carlota asintió. Ya había aprendido que en México con algunas reformas era la frase oficial para todo lo que no funcionaba pero se pretendía que funcionara.

Esa primera noche, el 12 de junio de 1864, cenaron solos en un comedor que parecía más cantina elegante que salón imperial. Max brindó —Por el pueblo mexicano que nos ha recibido con tanto cariño—. Carlota brindó —Por el futuro próspero que construiremos juntos—. Ambos sabían que estaban brindando por proyectos, no por realidades.

Afuera, la ciudad seguía su ritmo habitual: los vendedores pregonaban sus mercancías, los perros ladraban, los borrachos cantaban, y la vida continuaba como si no hubiera emperadores. Dentro del palacio, Sus Majestades Imperiales planeaban reformas, escribían decretos, y diseñaban el futuro de un país que, por lo visto, tenía otros planes.

Así llegaron a México: como actores principales de una obra donde el público no sabía que estaba en el teatro, los extras no se habían aprendido el libreto, y el director había salido a almorzar sin avisar cuándo regresaría. Una ópera, sí, pero de esas que terminan con todos los personajes muertos y el público preguntándose qué diablos acaba de ver.

El primer acto había terminado. Faltaba ver si el segundo sería tragedia o comedia. O las dos cosas al mismo tiempo, como suele pasar en México cuando la realidad supera a la ficción.

Capítulo 5

El trono con chinches

Chapultepec era, según los folletos turísticos que no existían, un castillo de ensueño. Según Maximiliano, era una oportunidad de oro para crear una corte europea en el Nuevo Mundo. Según Carlota, era un proyecto de renovación urgente. Según las chinches, era un buffet cinco estrellas con servicio las veinticuatro horas.

La mudanza imperial comenzó como una ópera italiana y terminó como función de circo de pueblo. Maximiliano llegó al castillo con la solemnidad de quien va a tomar posesión de Versalles y se encontró con algo que parecía más bien una hacienda abandonada con pretensiones arquitectónicas. Carlota bajó del carruaje esperando encontrar salones dignos de su rango y lo primero que vio fue un escorpión tomando el sol en las escaleras principales.

—¿Eso es... decoración local? —preguntó señalando al bicho con su sombrilla.

—No, Majestad —respondió el mayordomo, un mexicano que había aprendido protocolo leyendo novelas de Pérez Galdós—. Eso es un inquilino anterior. Llevamos tres años tratando de desalojarlo, pero no entiende las órdenes de desahucio.

El primer recorrido por el castillo fue una clase acelerada de realismo mexicano aplicado a la arquitectura imperial. Los salones tenían techos altísimos que magnificaban el eco de las goteras. Los pisos de mármol estaban tan brillantes que reflejaban perfectamente cada mancha de humedad del techo. Las ventanas ofrecían vistas espectaculares del bosque, pero también acceso directo a toda la fauna local interesada en conocer a los nuevos vecinos.

En la primera noche, Carlota se instaló en lo que habían designado como la habitación imperial. Era un cuarto amplio, con una cama que había conocido tiempos mejores y un armario que crujía como anciano con artritis. A las dos de la mañana, despertó con la sensación de que no estaba sola. Encendió una vela y descubrió que tenía razón: compartía la

cama con una colonia de chinches que parecían haber organizado una convención.

—¡MAXIMILIANO! —gritó con una voz que despertó a todos los murciélagos del bosque.

Max llegó corriendo en camisión, con una vela en la mano y cara de emperador recién despertado. —¿Qué pasa, querida? ¿Asesinos? ¿Revolucionarios?

—Peor —respondió Carlota señalando las sábanas—. Inquilinos.

Maximiliano examinó la situación con el interés científico de quien descubre una nueva especie. —¡Qué fascinante! Son chinches mexicanas. Seguramente tienen costumbres diferentes a las austriacas.

Carlota lo miró con esa expresión que las mujeres reservan para los momentos en que sus maridos demuestran estar completamente locos.

—Maximiliano, las chinches no tienen nacionalidad. Son una plaga.

—Ah, pero todo es cuestión de perspectiva, querida. Estas pequeñas criaturas han vivido aquí mucho más tiempo que nosotros. En cierto sentido, somos nosotros los invasores.

Fue la primera vez que Carlota consideró seriamente el regicidio.

Al día siguiente, se organizó la Gran Campaña Contra los Bichos. Carlota movilizó criados, fumigadores y hasta bendijo agua para rociar los rincones. Maximiliano, siguiendo su filosofía de convivencia pacífica, propuso negociar. —Quizás podríamos establecer territorios separados. El ala este para nosotros, el ala oeste para ellos.

—Maximiliano —le explicó Carlota con la paciencia de una maestra de kínder—, no puedes firmar tratados de paz con las cucarachas.

—¿Por qué no? Los franceses firmaron tratados con nosotros.

Era difícil rebatir esa lógica.

El protocolo de la corte se fue estableciendo con la improvisación característica de todo lo que se hace sin presupuesto ni experiencia previa. El ceremonial de las comidas, por ejemplo, se basaba en el manual de etiqueta de la corte de Viena, adaptado a las circunstancias mexicanas por un mayordomo que había trabajado antes en una fonda de Toluca.

El resultado eran banquetes que comenzaban con pompa europea y terminaban en picnic campestre. Los invitados llegaban en carruajes, saludaban con reverencias protocolarias, y cenaban con tortillas porque el cocinero francés había renunciado después de que una iguana se instalara en su cocina sin pedir permiso.

—Excelencia —le preguntó un ministro a Carlota durante una de estas cenas—, ¿es cierto que en Europa los emperadores no comen con las manos?

—Por supuesto que no —respondió Carlota, mientras trataba de mantener la dignidad comiendo tacos.

—¿Y cómo le hacen con los elotes?

Carlota miró el elote que tenía en el plato como si fuera un artefacto extraterrestre. —En Europa no comemos... esto.

—Ah, qué lástima. Se pierden de lo bueno.

La vida cotidiana en el castillo se organizó según un horario que existía únicamente en la mente de Carlota. Había establecido que el desayuno se serviría a las ocho en punto, pero nadie le había explicado que en México las ocho en punto era un concepto flexible que podía interpretarse entre las ocho y las diez, dependiendo del humor del cocinero y la cooperación de las gallinas.

Las mañanas seguían un ritual invariable: Carlota se levantaba al amanecer, se vestía con la precisión de un reloj suizo, y bajaba al comedor esperando encontrar el desayuno servido. En su lugar encontraba al cocinero persiguiendo gallinas por el patio, mientras el mayordomo trataba de explicarle que las gallinas mexicanas ponen huevos cuando quieren, no cuando nosotros queremos.

—¿No se les puede enseñar disciplina? —preguntaba Carlota.

—Señora, son gallinas revolucionarias. No reconocen autoridad imperial.

Maximiliano, mientras tanto, había desarrollado una rutina matutina que consistía en pasear por el jardín hablando con las plantas. Literalmente. Les daba los buenos días, les preguntaba cómo habían pasado la noche, y les contaba sus planes para el día. Los jardineros lo observaban con la preocupación de quien trabaja para un loco, pero como era un loco con corona, fingían que era normal.

—Buenos días, rosales —decía Max cada mañana—. Hoy vamos a decretar la construcción de un ferrocarril a Veracruz. ¿Qué opinan?

Las rosas no opinaban, pero las hormigas que vivían en los rosales se organizaron para boicotear el jardín imperial. Cada planta que Max trasplantaba, amanecía comida. Cada semilla que plantaba, desaparecía. Era como si la naturaleza mexicana hubiera votado en contra del gobierno imperial.

Los ministros, cuando aparecían, lo hacían con el entusiasmo de niños obligados a ir a misa. El de Hacienda llegaba siempre con malas noticias: —Majestad, no hay dinero para pagar los sueldos—. El de Guerra llegaba con peores noticias: —Majestad, no hay soldados que quieran cobrar esos sueldos—. Y el de Relaciones Exteriores llegaba con noticias inexistentes: —Majestad, no hay países que reconozcan que tenemos sueldos—.

Las reuniones de gabinete se convirtieron en sesiones de terapia grupal para fracasados. Cada ministro competía por contar la peor noticia del

día. El ganador se llevaba el privilegio de explicarle al emperador por qué sus decretos no se podían cumplir.

—Majestad —decía el ministro de Educación—, su decreto sobre la enseñanza obligatoria del francés es excelente, pero tenemos un pequeño problema.

—¿Cuál? —preguntaba Max con la inocencia de quien cree que los problemas pequeños tienen soluciones pequeñas.

—No hay maestros que hablen francés. De hecho, no hay maestros que hablen español. Y algunos no saben leer.

—¿Y qué propone?

—Que empecemos enseñándoles a leer a los maestros, después español, después francés, y después vemos si queda alguien vivo para enseñar.

Carlota, desde su extremo de la mesa, tomaba notas con la determinación de quien planea reorganizar el universo. Había llenado diecisiete cuadernos con Reformas Urgentes para el Imperio Mexicano. Las reformas incluían desde la instalación de retretes con agua corriente hasta la educación musical obligatoria para burros. Todo perfectamente detallado, presupuestado y condenado al fracaso.

—Creo —le dijo una noche a Maximiliano— que necesitamos traer más europeos. Los mexicanos no entienden el concepto de eficiencia.

—Querida —respondió Max mientras se aplicaba pomada en las picaduras de mosquito—, quizás el problema no sea que los mexicanos no entiendan la eficiencia. Quizás sea que la eficiencia no entiende a los mexicanos.

—¿Qué quieres decir?

—Que tal vez intentar imponer horarios austriacos a gallinas mexicanas sea como... como...

—¿Como gobernar un país que no nos pidió como emperadores?

Max se quedó callado. Era la primera vez que Carlota decía en voz alta lo que ambos pensaban en silencio.

Los criados, mientras tanto, habían desarrollado su propio sistema de supervivencia. Los europeos se agrupaban en una esquina del castillo, hablando de lo mucho que extrañaban la civilización. Los mexicanos se agrupaban en otra esquina, hablando de lo raros que eran los europeos. Y en el medio, los mestizos culturales traducían quejas de ambos lados sin resolver ninguna.

El jefe de cocina, un francés que había llegado con sueños de crear alta cocina tropical, se la pasaba llorando en la despensa. —¡Pedí langosta y me trajeron chapulines! ¡Pedí caviar y me trajeron escamoles! ¡Este país no entiende la gastronomía!

El jardinero jefe, un austriaco especialista en jardines alpinos, había desarrollado una depresión severa al descubrir que las rosas europeas morían de calor y las mexicanas crecían donde se les pegaba la gana. — ¡He perdido el control de la naturaleza! —gritaba mientras las buganvillas invadían el salón de música.

Y Carlota, imperturbable, seguía escribiendo decretos: Artículo primero: Se prohíbe a las plantas crecer sin permiso. Artículo segundo: Los animales deberán respetar los horarios de limpieza. Artículo tercero: Se establecen multas para los insectos que no respeten el protocolo imperial.

Maximiliano leía estos decretos con admiración. —Qué mente tan organizativa tienes, querida. Aunque me pregunto si deberíamos empezar con decretos más... ¿cómo decirlo?... factibles.

—¿Como cuáles?

—Como decretos que la gente pueda cumplir.

—Maximiliano, si empezamos haciendo decretos que la gente puede cumplir, nunca lograremos que la gente cambie.

Era lógica imperial pura: cambiar la realidad mediante la fuerza de la voluntad y el papel membretado.

Y así transcurrían los días en Chapultepec: entre chinches que no respetaban la jerarquía, gallinas republicanas, ministros deprimidos, y dos emperadores que cada noche se preguntaban si al día siguiente las cosas tendrían más sentido.

No lo tendrían. Pero esa es otra historia.

Capítulo 6

Decretos para idiotas

El despacho imperial de Maximiliano parecía el laboratorio de un científico loco especializado en experimentos sociales. Las paredes estaban cubiertas de mapas llenos de alfileres de colores que supuestamente representaban zonas de progreso imperial, pero que en realidad marcaban los lugares donde sus decretos habían sido completamente ignorados. El escritorio desaparecía bajo torres de papeles que se tambaleaban como la economía del país: decretos firmados, proyectos de decreto, borradores de decretos, y decretos para decretar otros decretos.

Cada mañana, después de su charla matutina con las rosas (que seguían sin responder pero al menos no lo contradecían), Max se instalaba en su escritorio con el entusiasmo de un niño que acaba de descubrir que puede dibujar leyes en papel bonito y esperar que la realidad las obedezca.

—Querida —le anunció una mañana de julio de 1864 a Carlota mientras desayunaban huevos que las gallinas republicanas habían puesto por pura casualidad—, hoy voy a revolucionar México.

Carlota, que había pasado la noche reorganizando su colección de remedios contra chinches, levantó la vista de su café con la expresión de quien ya no se sorprende de nada. —¿Con qué decreto ahora?

—¡La jornada laboral de ocho horas! —proclamó Max extendiendo un pergamino como si fuera la Declaración de Independencia—. ¡El trabajador mexicano necesita tiempo para cultivar su espíritu!

—Maximiliano —respondió Carlota con la paciencia de una santa—, los trabajadores mexicanos ya trabajan cuando quieren, cuanto quieren, y como quieren. Tu decreto no va a cambiar eso.

—Pero querida, es cuestión de dar el ejemplo. De mostrar el camino de la civilización.

—El camino de la civilización no pasa por decretar que el agua sea menos húmeda.

Max la miró con esa expresión dolida de los idealistas cuando alguien les señala la diferencia entre sus sueños y la física básica. —No entiendes mi visión, Carlota. Este país necesita una guía firme pero benevolente.

—Este país necesita una guía que entienda que existe.

Pero Maximiliano ya estaba perdido en su mundo de reformas posibles, escribiendo con la caligrafía perfecta de quien cree que la letra bonita hace más verdaderos los decretos imposibles.

Su primer decreto del día establecía el Día Nacional de la Reflexión Cívica, en el cual todos los mexicanos deberían dedicar una hora a meditar sobre sus deberes para con el Imperio. El segundo decreto creaba la Inspección Imperial de Buenos Modales, un cuerpo de funcionarios encargados de enseñar cortesía europea a los ciudadanos. El tercero prohibía que los burros transitaran por las calles principales sin autorización escrita.

El ministro de Gobernación, don Teodosio Lares, llegó a las diez de la mañana con la puntualidad de un reloj suizo y las noticias de un periódico de catástrofes. Era un hombre que había aprendido a sonreír con los dientes pero no con los ojos, especialista en explicar por qué las cosas no funcionaban sin sonar pesimista.

—Majestad —dijo colocando sobre el escritorio una pila de reportes que se tambaleó peligrosamente—, tengo noticias sobre sus decretos.

—¡Excelente! ¿Los gobernadores han comenzado la implementación?

Lares se aclaró la garganta con el sonido de quien está a punto de decir algo que nadie quiere escuchar. —Bueno, Majestad, hay algunos... malentendidos.

—¿Qué tipo de malentendidos?

—El gobernador de Jalisco cree que el Día de la Reflexión Cívica es una nueva festividad religiosa y organizó procesiones. El de Yucatán piensa que es día de descanso obligatorio y cerró todas las oficinas públicas. Y el de Chihuahua simplemente fingió que el decreto nunca llegó.

Max frunció el ceño con la concentración de quien trata de resolver un problema de matemáticas muy complicado. —¿Y qué hay de la Inspección de Buenos Modales?

—Ah, esa tuvo más éxito —respondió Lares con la sonrisa torcida de quien está a punto de contar un chiste muy malo—. El gobernador de Puebla nombró inspectores. Desgraciadamente, ninguno de ellos habla francés, tres no saben leer, y uno de ellos está convencido de que protocolo es un tipo de bebida alcohólica.

—¿Y el decreto sobre los burros?

—Ese causó una revolución menor en Toluca. Resulta que los burros son el principal medio de transporte de la región, y cuando la gente supo que necesitaban permisos escritos para transitarlos, decidieron que era más fácil declararse en rebelión que aprender a escribir.

Maximiliano se quedó en silencio, procesando la información con la lentitud de una computadora del siglo XIX tratando de entender internet.

—¿Quiere decir que mis decretos no se están cumpliendo?

—Quiero decir que sus decretos se están cumpliendo exactamente como todos los decretos en México: cada quien los interpreta como quiere, los aplica como puede, y los ignora cuando le conviene.

—Pero... pero son leyes imperiales.

—Majestad, aquí las leyes son como las recetas de cocina: todo mundo las lee diferente y nadie las sigue al pie de la letra.

Esa tarde, Maximiliano decidió hacer una inspección personal. Se vistió de civil (lo cual, en su caso, significaba un traje que solo costaba el presupuesto anual de un pueblo pequeño en lugar del presupuesto de una ciudad mediana) y salió a caminar por las calles de la capital para verificar el cumplimiento de sus reformas.

Lo primero que vio fue un burro transitando libremente por la calle principal, sin permiso escrito ni autorización imperial. Su jinete, un campesino que parecía más viejo que la Conquista, lo saludó amablemente: —Buenos días, patrón. ¿No es usted el emperador?

—¿Cómo me reconoció?

—Por la barba, la postura, y porque ningún mexicano camina como si le debieran dinero a él en lugar de al revés.

Max decidió hacer su primera inspección ciudadana. —Dígame, buen hombre, ¿ha oído hablar del Día Nacional de la Reflexión Cívica?

El campesino se rascó la cabeza con la lentitud de quien medita profundamente. —¿Ése es el día que inventó usted para que la gente no trabaje?

—No, es un día para reflexionar sobre los deberes cívicos.

—Ah, pues sí reflexioné. Reflexioné que tengo el deber cívico de trabajar para comer, y que si no trabajo, no como. Así que mejor sigo trabajando. Era lógica aplastante.

Max continuó su recorrido y se topó con uno de los Inspectores de Buenos Modales en plena acción. El funcionario, un hombre que evidentemente había aprendido protocolo observando peleas de gallos, estaba tratando de enseñar a un grupo de vendedores ambulantes cómo saludar apropiadamente.

—¡No, no, no! —gritaba el inspector—. Deben inclinar la cabeza exactamente quince grados, no catorce ni dieciséis. ¡Quince!

Un vendedor de tacos lo miraba con la expresión de quien observa a un marciano tratando de explicar la física cuántica. —Oiga, jefe, yo no sé de ángulos. Yo solo sé hacer tacos.

—¡Los tacos no importan! ¡La cortesía europea es la base de la civilización!

—¿Y de qué me sirve la civilización si me muero de hambre por andar midiendo cabezazos?

Maximiliano observaba la escena con la fascinación de un antropólogo descubriendo una nueva especie de absurdo. Se acercó al inspector y le preguntó: —¿Cómo va la implementación del protocolo?

El inspector se cuadró como soldado y saludó con un ángulo que definitivamente no eran quince grados. —¡Majestad! El pueblo muestra gran... eh... resistencia al refinamiento.

—¿Resistencia?

—Sí, Majestad. Ayer traté de enseñarle a una señora cómo tomar el té apropiadamente, y me respondió que ella no toma té, que toma pulque, y que si quería enseñar modales europeos, me fuera a Europa.

—¿Y qué hizo usted?

—Le expliqué que sus decretos son obligatorios.

—¿Y qué respondió ella?

—Que sus decretos podían irse a.... bueno, Majestad, usó una expresión muy poco europea.

De regreso en el castillo, Maximiliano se instaló en su despacho con la determinación de un general que acaba de perder una batalla pero está convencido de que puede ganar la guerra a base de mejores estrategias. Carlota lo encontró escribiendo furiosamente a las once de la noche.

—¿Qué haces, querido?

—Perfecciono mis decretos. El problema es que no he sido suficientemente específico.

Carlota leyó por encima del hombro de su marido. El nuevo decreto establecía que toda persona que salude sin inclinar la cabeza exactamente quince grados será multada con tres pesos, a menos que tenga menos de siete años, más de setenta, alguna discapacidad del cuello, esté cargando algo que pese más de diez kilos, se encuentre en estado de embriaguez justificada, o sea día festivo reconocido por la Iglesia Católica o el calendario azteca.

—Maximiliano —le dijo Carlota con la voz de quien habla con un enfermo —, este decreto tiene más excepciones que casos de aplicación.

—Pero es completo, querida. Cubre todas las posibilidades.

—Cubre todo excepto la posibilidad de que alguien lo cumpla.

Max levantó la vista de sus papeles con la expresión herida de un artista incomprendido. —¿Tú también estás en contra de mis reformas?

—No estoy en contra de tus reformas. Estoy en contra de la realidad que hace que tus reformas sean imposibles.

—Pero si no hacemos el intento de cambiar las cosas, ¿cómo van a cambiar las cosas?

—Maximiliano, hay una diferencia entre cambiar las cosas y pretender que las cosas cambien porque las escribiste en papel bonito.

Esa noche, mientras las chinchas organizaban su asamblea nocturna en la habitación imperial, Maximiliano tuvo una revelación. Se levantó de la cama (despertando a las chinchas, que protestaron con picaduras extra), encendió una vela, y escribió su decreto más ambicioso hasta la fecha:

Decreto Imperial sobre la Implementación Gradual de la Civilización Europea en Territorio Mexicano:

Artículo Primero: Se establece un período de adaptación de cincuenta años para que los ciudadanos mexicanos se acostumbren a cumplir las leyes.

Artículo Segundo: Durante este período, el cumplimiento de los decretos será opcional pero recomendado.

Artículo Tercero: Se premiará con medallas de honor a quienes cumplan voluntariamente con el protocolo imperial.

Artículo Cuarto: Se establece la Siesta Nacional Obligatoria de dos a cuatro de la tarde, durante la cual nadie estará obligado a cumplir ningún decreto porque todos estarán durmiendo.

A la mañana siguiente, le mostró orgulloso su obra maestra al ministro Lares. —¿Qué le parece? Es realista pero progresista.

Lares leyó el decreto con la atención de un médico revisando radiografías. —Majestad, esto es... esto es...

—¿Revolucionario?

—Esto es una capitulación con medallas.

—¿Perdón?

—Está usted legalizando el desorden, institucionalizando la desobediencia, y decorando el caos.

Maximiliano se quedó pensativo. —¿Y cree usted que funcionará?

—Majestad, será el primer decreto suyo que el pueblo cumplirá al cien por ciento. Sobre todo lo de la siesta obligatoria.

Y así fue como el Imperio Mexicano estableció su política oficial: decretos opcionales, protocolos recomendados, y siesta obligatoria. Era la forma más honesta de gobernar un país que había decidido hacer exactamente lo contrario de lo que le ordenaran, sin importar qué tan bonita fuera la letra del que daba las órdenes.

Los historiadores más tarde llamarían a esto el período de la anarquía organizada. Maximiliano lo llamaba flexibilidad administrativa. Carlota lo llamaba la prueba definitiva de que su marido había perdido completamente el juicio.

Pero funcionó. Por primera vez desde su llegada, los mexicanos cumplieron religiosamente con un decreto imperial: la siesta de dos a cuatro. Incluso los revolucionarios la respetaban. Las batallas se suspendían, los asaltos se posponían, y hasta las chinches del castillo parecían dormir más profundamente durante esas horas sagradas.

Era, probablemente, el mayor éxito administrativo del Segundo Imperio Mexicano: gobernar un país dormido.

Capítulo 7

El gabinete de los horrores

El gabinete imperial de Maximiliano funcionaba con la eficiencia de un reloj descompuesto: cada pieza se movía por su cuenta, hacía ruido constantemente, y al final del día nadie sabía qué hora era. Las reuniones ministeriales se habían convertido en una especie de teatro del absurdo donde cada funcionario competía por protagonizar la tragedia más costosa del mes.

La sala de juntas del castillo, que Carlota había decorado personalmente con un gusto que mezclaba Versalles con hacienda poblana, servía de escenario para este circo administrativo. Una mesa enorme de caoba dominaba el centro, rodeada de sillas tapizadas en terciopelo rojo que habían conocido mejores días y traseros menos sudorosos. En las paredes colgaban retratos de emperadores austriacos que parecían observar las reuniones con la misma expresión de horror que tendrían si estuvieran vivos.

Don Teodosio Lares, ministro de Gobernación, llegaba siempre primero, no por puntualidad sino porque vivía en pánico permanente de que alguien más llegara antes y se diera cuenta de que no había hecho su tarea. Era un hombre que había perfeccionado el arte de decir mucho sin decir nada, especialista en frases como —la situación presenta complejidades que requieren análisis profundo de las variables en juego—.

El segundo en llegar era invariablemente José Fernando Ramírez, ministro de Relaciones Exteriores, un hombre culto que hablaba cinco idiomas y los usaba todos para quejarse de lo mismo: que ningún país quería hablar con México. —Majestad —solía decir—, tengo el honor de informarle que Francia nos sigue ignorando, Estados Unidos finge que no existimos, y Guatemala cambió de embajador para no tener que recibirnos.

Llegaba después Pedro Escudero y Echánove, ministro de Justicia, quien había interpretado su cargo como una licencia para reorganizar el sistema legal mexicano según sus caprichos personales. Era de esos hombres que creen que la justicia se puede administrar como una farmacia: con la receta correcta, cualquier problema legal tiene solución. Sus propuestas incluían cosas como —tribunales express para crímenes menores— y —descuentos por volumen en multas de tránsito—.

El cuarto integrante de este cuarteto del desastre era Manuel Siliceo, ministro de Fomento, un ingeniero que había llegado al puesto con grandes planes de modernización y se había topado con la realidad mexicana como un tren de alta velocidad contra una montaña. Sus proyectos de ferrocarriles morían en el papel, sus carreteras existían solo en los mapas, y sus puentes se caían antes de terminar de construirse.

Pero el verdadero espectáculo comenzaba cuando aparecían los asesores especiales: una colección de oportunistas, aventureros y charlatanes que habían olfateado el Imperio como perros hambrientos oliendo un banquete. Cada uno llegaba con un proyecto más descabellado que el anterior, todos con la misma promesa: resolver los problemas de México a cambio de una concesión, un monopolio, o un puesto en el gobierno.

—Majestad —anunció una mañana de agosto de 1864 Lares con la solemnidad de quien presenta a un mago en un circo—, permítame presentarle al señor Auguste Bourdillon, empresario francés especializado en.... eh... soluciones integrales.

Bourdillon era un hombre pequeño y nervioso que sudaba profusamente y hablaba con un acento francés tan exagerado que parecía imitación de sí mismo. Se presentó con una reverencia que duró tanto que Maximiliano empezó a preocuparse por su columna vertebral.

—Majestad —dijo Bourdillon sacando de su maletín una carpeta llena de dibujos que parecían hechos por un niño con fiebre—, tengo el honor de presentarle la solución definitiva a los problemas de transporte de su Imperio: ¡el sistema de globos aerostáticos!

Maximiliano examinó los dibujos con la fascinación de quien descubre una nueva forma de arte. —¿Globos aerostáticos?

—¡Exactamente! Imagínese, Majestad: correo aéreo de la capital a Veracruz en solo ocho horas, transporte de pasajeros sin depender de los caminos, y la posibilidad de atacar a los rebeldes desde el aire.

El ministro Siliceo carraspeó discretamente. —Señor Bourdillon, ¿ha considerado usted el tema de los vientos?

—¿Los vientos?

—Sí, los vientos. En México tenemos vientos que cambian de dirección tres veces por hora. Sus globos aerostáticos terminarían en Guatemala o en el océano Pacífico.

Bourdillon sonrió con la confianza de quien ha previsto todas las objeciones. —¡Ah, pero para eso está mi segundo invento! —Sacó otro dibujo que mostraba lo que parecía ser un globo con remos—. ¡Globos aerostáticos con sistema de propulsión manual!

Hubo un silencio sepulcral. Incluso las chinches del castillo parecían haber dejado de moverse para procesar la magnitud del absurdo.

—¿Propulsión manual? —preguntó Carlota con la voz de quien no está segura de haber escuchado bien.

—¡Sí, Majestad! Los pasajeros reman en el aire, como si fuera una canoa voladora. Es ejercicio saludable y transporte eficiente al mismo tiempo.

Maximiliano, que había desarrollado una paciencia infinita para las ideas imposibles, preguntó educadamente: —¿Y cuánto costaría implementar este sistema?

—Una módica inversión de doscientos mil pesos para el proyecto piloto.

—¿Doscientos mil pesos? —casi gritó Lares—. ¡Con doscientos mil pesos podríamos pagar los sueldos atrasados de todo el ejército!

—Pero ministro —respondió Bourdillon con lógica aplastante—, ¿de qué sirve un ejército si no puede volar?

Era difícil rebatir esa pregunta sin cuestionar las bases mismas de la realidad.

La siguiente semana apareció el barón Friedrich von Münchhausen (que no tenía nada que ver con el famoso mentiroso, pero tampoco hacía mucho por diferenciarse). El barón llegó con una propuesta aún más ambiciosa: convertir el desierto de Sonora en una zona agrícola mediante la importación de lluvia europea.

—Majestad —explicó el barón mientras desplegaba un mapa que parecía sacado de un libro de cuentos de hadas—, en Austria hemos desarrollado una técnica revolucionaria: la lluvia concentrada. Capturamos la lluvia en barriles especiales, la transportamos a donde se necesita, y la liberamos en dosis controladas.

—¿Lluvia en barriles? —preguntó el ministro Siliceo, quien ya había perdido toda esperanza en la cordura humana.

—¡Exactamente! Cada barril contiene lluvia austriaca de primera calidad, probada en los mejores campos de Europa.

—¿Y cómo piensan transportar esos barriles hasta Sonora?

—Mediante el sistema de globos aerostáticos del señor Bourdillon, naturalmente.

Maximiliano miró a Carlota. Carlota miró a Maximiliano. Ambos miraron a los ministros. Los ministros miraron sus zapatos. Fue un momento de comunión existencial donde todos entendieron simultáneamente que habían perdido completamente el control de la situación.

Pero el verdadero espectáculo llegó con la aparición de don Abundio Morfín, un mexicano que se había autoproclamado Consultor en Asuntos de Implementación de Modernidad Europea en Contextos Tropicales. Morfín era un hombre que había aprendido a hablar como europeo sin haber salido nunca de Guadalajara, especialista en usar palabras largas para decir cosas simples y cobrar por ello.

—Su Majestad Imperial —comenzó Morfín con una reverencia que parecía ensayada frente al espejo—, mi propuesta es de naturaleza integral y holística: la mexicanización de los europeos y la europeización de los mexicanos mediante un proceso de ósmosis cultural bidireccional.

Lares, que ya había desarrollado una alergia a las palabras complicadas, preguntó: —¿Qué significa eso en cristiano?

—Significa —respondió Morfín con la paciencia de un profesor explicando matemáticas a un burro— que vamos a enseñar a los europeos a ser mexicanos y a los mexicanos a ser europeos al mismo tiempo. Es como... como una especie de intercambio de personalidades.

—¿Y cómo piensa lograr eso? —preguntó Carlota con genuina curiosidad científica.

—Mediante mi método revolucionario: clases de baile europeo en pulquerías, y clases de mariachi en salones de té. Los europeos aprenderán a gritar ¡Viva México! con sentimiento, y los mexicanos aprenderán a susurrar pardonnez-moi con elegancia.

La propuesta incluía la creación de Centros de Confusión Cultural en cada estado, donde los ciudadanos podrían ir a practicar ser de otra nacionalidad los fines de semana. —Los lunes regresarían a ser mexicanos para trabajar, pero los sábados podrían ser austriacos para divertirse.

Maximiliano, que había llegado al punto donde nada lo sorprendía, preguntó pragmáticamente: —¿Cuánto costaría este proyecto?

—Quinientos mil pesos, Majestad. Pero es una inversión en el futuro de la humanidad.

El ministro de Hacienda, José Yves Limantour, que había permanecido callado hasta ese momento porque estaba calculando mentalmente cuántos años tardarían en pagar las deudas existentes, finalmente habló: —Señores, permítanme recordarles que actualmente el Imperio debe tres millones de pesos, no tiene ingresos fijos, y los únicos que nos prestan dinero son los franceses, que nos cobran intereses que harían sonrojar a un usurero.

—Pero ministro —respondió Morfín con lógica irrefutable—, ¿de qué sirve tener dinero si no tenemos identidad cultural definida?

—Sirve para comer —respondió Limantour secamente.

—Comer es una actividad temporal. La cultura es eterna.

—Los muertos de hambre también son eternos.

Era filosofía aplicada al presupuesto nacional.

La reunión ministerial alcanzó su clímax cuando apareció el último asesor de la mañana: madame Pompadour Rodríguez (que no tenía nada que ver con la famosa madame Pompadour, pero había tomado prestado el nombre porque sonaba más elegante que Concepción Rodríguez). Madame Pompadour era una mujer que había convertido el arte de vivir de otros en una profesión, especialista en organizar la vida ajena a cambio de generosos honorarios.

—Majestades —anunció con una voz que había aprendido a sonar europea mediante años de práctica frente al espejo—, he venido a salvar su Imperio.

—¿De qué manera? —preguntó Carlota con el tono de quien ya no espera respuestas sensatas.

—Mediante la reorganización completa de su corte según los estándares de Versalles, pero adaptados al clima tropical. Necesitan más ceremonial, más protocolo, más pompa. El pueblo no los respeta porque no los temen suficientemente.

Madame Pompadour desplegó un plan detallado que incluía: ceremonias obligatorias de saludo matutino al emperador, con duración mínima de dos horas; bailes de corte tres veces por semana, con vestuario temático según la estación del año; cenas de gala diarias con invitados obligatorios seleccionados por sorteo entre la población; y un protocolo especial para dirigirse a las mascotas imperiales (que no existían, pero que ella se comprometía a conseguir).

—¿Y cuánto costaría implementar todo esto? —preguntó Maximiliano, que ya había perdido la capacidad de sorprenderse por las cifras.

—Un millón de pesos anuales, pero piensen en los beneficios: respeto absoluto del pueblo, elegancia europea garantizada, y la posibilidad de aparecer en las revistas de moda de París.

Limantour se levantó de su silla con la solemnidad de un sacerdote a punto de pronunciar la extremaunción. —Majestades, si me permiten un momento de honestidad brutal: este Imperio está más quebrado que plato de pulquería. Debemos más dinero del que existe en todo México, nuestros ingresos son menores que los gastos de una boda de pueblo, y seguimos recibiendo propuestas que cuestan más que el presupuesto de un país europeo.

—Pero ministro —intervino madame Pompadour—, el prestigio no tiene precio.

—Señora, el prestigio no se come, no se bebe, y no paga sueldos. Lo que no tiene precio es la comida cuando no hay dinero para comprarla.

Maximiliano, que había pasado la mañana tomando notas de todas las propuestas con la diligencia de un estudiante aplicado, levantó la vista de sus papeles y preguntó: —¿Alguien tiene alguna sugerencia que cueste menos de mil pesos y sea físicamente posible?

Hubo un silencio tan profundo que se podían escuchar las chinches caminando por las vigas del techo.

Finalmente, el portero del castillo, un hombre llamado Pancho que había estado parado junto a la puerta durante toda la reunión porque nadie le había dicho que se fuera, carraspeó discretamente.

—¿Sí, Pancho? —preguntó Maximiliano.

—Pos... ¿no sería más fácil preguntarle a don Benito qué haría él?

Todos se quedaron mirando al portero como si hubiera pronunciado la fórmula secreta de la alquimia.

—¿Don Benito? —preguntó Carlota.

—Sí, señora. Don Benito Juárez. Él también gobernaba México, y nunca tuvo estos problemas.

—Pero Pancho —explicó Lares con paciencia infinita—, don Benito es nuestro enemigo.

—Pos sí, pero es un enemigo que sabe gobernar. Los otros son amigos que no saben ni contar.

Y así fue como el portero del castillo de Chapultepec dio la primera sugerencia sensata que se había escuchado en una reunión del gabinete imperial. Desgraciadamente, también fue la última, porque al día siguiente Pancho fue ascendido a Asesor Especial en Asuntos de Sentido Común, cargo que fue inmediatamente eliminado por considerarse incompatible con el funcionamiento normal del gobierno.

El Imperio Mexicano siguió funcionando con globos aerostáticos de papel, lluvia embotellada, y ceremoniosos protocolos para gobernar un

país que había decidido hacer exactamente lo contrario de lo que le ordenaran sus emperadores europeos.

Era, según los historiadores posteriores, la forma más cara de no gobernar que se había inventado hasta entonces.

A partir de ese día, las reuniones de gabinete continuaron con la misma eficiencia de siempre —es decir, ninguna— pero los ministros empezaron a desaparecer gradualmente. Algunos alegaron enfermedades repentinas. Otros descubrieron urgencias familiares en provincias lejanas. Unos cuantos simplemente dejaron de aparecer, como quien abandona una fiesta aburrida sin despedirse del anfitrión.

Para finales de 1864, el gabinete imperial se había reducido a la mitad. Y los que quedaban asistían más por costumbre que por convicción, como esos empleados que siguen llegando a la oficina aunque saben que la empresa está quebrando.

Pero esa deserción lenta y silenciosa vendría después. Por ahora, el Imperio seguía funcionando, al menos en el papel.

Capítulo 8

Carlota en campaña

Mientras Maximiliano se dedicaba a decretar la modernización de México desde su escritorio, Carlota había decidido que la mejor manera de salvar el Imperio era salir al campo a convencer personalmente a los mexicanos de que ser gobernados por una princesa belga era exactamente lo que necesitaban para ser felices. Era como si hubiera decidido que la solución a todos los problemas del país estaba en dar más conferencias magistrales sobre las ventajas de la monarquía europea.

La idea le había llegado una mañana de septiembre de 1864 mientras reorganizaba por quinta vez su colección de remedios contra chinches. —Maximiliano —le anunció a su marido, que en ese momento estaba escribiendo un decreto para regular la altura de los sombreros en ceremonias oficiales—, voy a hacer una gira por el interior.

Max levantó la vista de sus papeles con la expresión de quien acaba de escuchar que su esposa ha decidido escalar el Everest en zapatillas. —¿Una gira, querida?

—Sí, una gira. Como las que hacen los reyes europeos para conocer a su pueblo. Voy a visitar iglesias, hablar con los gobernadores, dar discursos inspiradores. El pueblo necesita ver que su emperatriz se preocupa por ellos.

—Carlota —respondió Maximiliano con la paciencia de quien ha aprendido que contradecir a su esposa es como tratar de convencer a un huracán de que cambie de dirección—, ¿no crees que es peligroso? Hay rebeldes en todas partes.

—Precisamente por eso debo ir. Los rebeldes existen porque el pueblo no entiende las ventajas de nuestro gobierno. Cuando vean que somos accesibles, que nos importan sus problemas, se darán cuenta de su error.

Era lógica imperial: los problemas del Imperio se debían a falta de comunicación, no a la presencia de un gobierno extranjero impuesto por bayonetas francesas.

Don Teodosio Lares, que había llegado para la reunión matutina, escuchó la conversación con la expresión de un médico que acaba de ver los síntomas de una enfermedad terminal. —Majestad —intervino con la delicadeza de quien debe explicar a un niño que los unicornios no existen—, ¿ha considerado usted que tal vez el pueblo no esté... cómo decirlo... preparado para recibir a la emperatriz?

—¿Preparado en qué sentido?

—Bueno, en el sentido de que muchos de ellos no saben que tienen una emperatriz, algunos no saben que tienen un emperador, y unos cuantos no están completamente seguros de que México sea un país.

Carlota lo miró con esa expresión de superioridad que solo pueden lograr las personas que creen que la ignorancia del pueblo es un problema de pedagogía, no de realidad. —Exactamente por eso debo ir, ministro. Para educarlos.

—¿Educarlos en qué?

—En las ventajas de la monarquía, en la importancia del orden, en la belleza de la civilización europea. Verá que en seis meses tendremos un pueblo completamente transformado.

Lares intercambió miradas con Maximiliano. Era el tipo de mirada que se cruzan los pasajeros de un barco que se hunde cuando alguien sugiere que la solución es remar más rápido.

Pero Carlota ya había comenzado los preparativos. Mandó llamar a madame Pompadour Rodríguez para que diseñara un vestuario apropiado para una gira imperial por el interior de México. Madame Pompadour, que había encontrado en Carlota a la cliente perfecta (alguien con dinero y sin sentido común), llegó con una colección de trajes que parecían diseñados para una ópera sobre la conquista de América.

—Majestad —anunció desplegando bocetos que mostraban a Carlota vestida como una mezcla entre Juana de Arco y la Virgen de Guadalupe —, he creado el vestuario perfecto para su campaña de evangelización monárquica.

El primer traje era blanco inmaculado, con bordados dorados que representaban el sol de la civilización europea iluminando las tinieblas de la barbarie americana. Incluía una capa que se extendía tres metros

hacia atrás, —para que el pueblo pueda ver la majestuosidad imperial desde lejos—.

—¿No creen que sea un poco... ostentoso? —preguntó Maximiliano, que había desarrollado un instinto para detectar desastres en ciernes.

—Querido —respondió Carlota con la seguridad de quien ha encontrado la solución perfecta—, el pueblo necesita ver la grandeza para aspirar a ella. No se puede inspirar a la gente con vestidos modestos.

—Pero Carlota, vas a visitar pueblos donde la gente no tiene zapatos.

—Precisamente. Cuando vean lo que se puede lograr con trabajo y dedicación, se sentirán motivados a mejorar sus condiciones.

Era psicología imperial: la pobreza se cura con ejemplos de riqueza, como la sed se cura con ejemplos de agua.

El segundo traje era verde esmeralda, color que madame Pompadour había elegido porque —representa la esperanza y la fertilidad de la nueva era imperial—. Venía acompañado de una corona de flores que costaba más que el presupuesto anual de un pueblo entero.

—Este traje —explicó madame Pompadour— es perfecto para sus discursos en las plazas públicas. Las flores simbolizan el florecimiento de México bajo el Imperio.

—¿Y si llueve? —preguntó prácticamente Maximiliano.

—¡Ah! —exclamó madame Pompadour con el entusiasmo de quien ha previsto todo—, para eso tengo el traje de lluvia imperial. —Era una capa de terciopelo púrpura con capucha, —que transformará a Su Majestad en una aparición mística que el pueblo recordará para siempre—.

Carlota, que había perdido por completo el contacto con cualquier cosa que se pareciera a la realidad, aprobó todo el vestuario. —Perfecto. Ahora necesito un discurso que llegue al corazón del pueblo.

Para esto mandó llamar a don Abundio Morfín, el consultor en asuntos de implementación de modernidad europea, quien había desarrollado una especialidad en escribir discursos que sonaban profundos pero no significaban nada en específico.

—Majestad —dijo Morfín mientras desplegaba un manuscrito que parecía la constitución de un país pequeño—, he preparado un discurso que tocará las fibras más sensibles del alma mexicana.

El discurso comenzaba así: Queridos hijos de esta noble tierra, vengo ante ustedes como la madre que abraza a sus hijos, como la luz que disipa las tinieblas de la incertidumbre, como el rocío que fertiliza los campos de la esperanza.

Continuaba por veinte páginas en el mismo tono, usando metáforas que mezclaban agricultura, religión, y filosofía europea en proporciones que habrían hecho llorar a cualquier escritor profesional.

—Es... muy poético —comentó Maximiliano después de leer las primeras páginas.

—¿Poético? —preguntó Carlota—. Es inspirador. Cuando el pueblo escuche estas palabras, entenderá que hemos venido a México por amor, no por ambición.

—Querida, el problema no es que no entiendan nuestras motivaciones. El problema es que no les importan nuestras motivaciones.

—Eso es porque no se las hemos explicado correctamente.

Era lógica de manual de autoayuda aplicada a la política internacional.

La gira comenzó un lunes de octubre de 1864 con una comitiva que parecía diseñada para conquistar Europa, no para visitar pueblos mexicanos. Carlota viajaba en una carroza dorada tirada por seis caballos blancos, seguida por un cortejo de cincuenta personas que incluía músicos, cocineros, secretarios, damas de compañía, y un retratista oficial encargado de documentar los momentos históricos.

El primer destino fue Puebla, una ciudad que había sido elegida porque —representa la síntesis perfecta entre la tradición española y la modernidad imperial—. Lo que nadie le había dicho a Carlota era que Puebla también representaba la síntesis perfecta entre el conservadurismo religioso y la desconfianza hacia cualquier gobierno que no fuera completamente católico.

La recepción fue... educativa.

Carlota llegó a la catedral de Puebla vestida con su traje blanco y dorado, seguida por su cortejo que parecía una procesión de carnaval europeo. El obispo, don Pelagio Antonio de Labastida, la esperaba en la puerta con una sonrisa que había practicado para ocasiones en que había que ser cortés con gente que no se sabía si era bendición o maldición.

—Majestad —dijo el obispo con una reverencia que sugería respeto pero no entusiasmo—, bienvenida a nuestra humilde catedral.

—Monseñor —respondió Carlota con la voz que había ensayado para sonar maternal pero regia—, vengo a ponerme bajo la protección de la Virgen y a pedirle que bendiga nuestro Imperio.

Hasta ahí todo sonaba apropiado. El problema comenzó cuando Carlota empezó a explicar sus planes para modernizar la Iglesia mexicana.

—Monseñor, he venido también para discutir algunas reformas que creemos necesarias para adaptar la Iglesia a los tiempos modernos.

El obispo se puso rígido como una estatua de sal. —¿Reformas, Majestad?

—Sí, reformas. Por ejemplo, creemos que sería conveniente que los sermones fueran más breves y más... educativos. Que enseñen no solo

religión, sino también higiene, agricultura moderna, y los beneficios del gobierno monárquico.

El silencio que siguió fue tan profundo que se podían escuchar las oraciones de los santos en sus nichos.

—Majestad —dijo finalmente el obispo con la voz de quien camina sobre hielo muy delgado—, la Iglesia tiene sus propias tradiciones...

—Precisamente, monseñor. Tradiciones que pueden evolucionar para servir mejor al pueblo. Por ejemplo, ¿no cree usted que sería útil que durante la misa se leyeran también los decretos imperiales? Así el pueblo recibiría simultáneamente alimento espiritual y orientación cívica.

El obispo miró a Carlota como si hubiera sugerido que convirtieran la catedral en un salón de baile. —Majestad, la misa es... la misa.

—Pero podría ser más que la misa. Podría ser un momento de educación integral.

—Majestad, si me permite, la educación integral está muy bien, pero la misa es para hablar con Dios, no para hablar del gobierno.

—¿Y no cree usted que Dios aprueba nuestro gobierno?

Era una pregunta teológicamente complicada. El obispo se quedó pensativo, probablemente tratando de recordar si había algún precedente bíblico para emperadores austriacos en México.

—Majestad —respondió finalmente con la diplomacia de quien ha aprendido a hablar con reyes sin ofender a Dios—, estoy seguro de que Dios aprueba todos los gobiernos justos.

—Perfecto. Entonces no debería haber problema en mencionar ocasionalmente durante los sermones que nuestro gobierno es justo.

El obispo se dio cuenta de que había caído en una trampa lógica. —Majestad, tal vez sería mejor que discutiéramos estos temas en privado...

Pero Carlota ya había salido de la catedral para dirigirse a la plaza principal, donde había decidido dar su primer discurso público. La plaza estaba llena de gente, no porque hubieran venido a escuchar a la emperatriz, sino porque era día de mercado y no tenían más remedio que estar ahí.

Carlota subió a un estrado que habían instalado especialmente para la ocasión, desplegó su manuscrito, y comenzó su discurso con la convicción de una misionera que acaba de descubrir una tribu perdida.

—Queridos hijos de esta noble tierra —comenzó con voz que pretendía ser maternal pero sonaba más bien como maestra de escuela regañando a niños traviesos—, vengo ante ustedes como la madre que abraza a sus hijos...

El problema era que la mayoría del público no hablaba español. En Puebla, como en muchas partes de México, la gente hablaba náhuatl, y las palabras inspiradoras de Carlota les sonaban como poesía en un idioma extraterrestre.

Pero Carlota continuó, interpretando el silencio del público como atención reverente en lugar de confusión total.

—Vengo a decirles que su emperador y yo hemos cruzado el océano movidos por el amor, por el deseo de traer a esta tierra la luz de la civilización, la bendición del orden, la alegría del progreso...

En las primeras filas, un grupo de comerciantes se susurraba entre sí tratando de entender qué estaba pasando. Detrás de ellos, las mujeres con sus canastas de verduras observaban el espectáculo con la misma expresión que pondrían si vieran a alguien hablando con las nubes.

—Hemos venido para ser sus padres, sus guías, sus protectores. Queremos que México sea próspero, que sus hijos tengan educación, que sus campos florezcan, que sus corazones se llenen de esperanza...

Un niño en la multitud le preguntó a su madre: —¿Qué dice la señora?

—No sé, mijo. Habla muy raro.

—¿Es una actriz?

—No sé. Puede ser.

Carlota terminó su discurso con una perorata sobre el destino manifiesto de México bajo el Imperio, seguida de una invitación a —caminar juntos hacia el futuro glorioso que nos espera—. El público aplaudió cortésmente, no porque hubiera entendido el mensaje, sino porque era lo que se esperaba que hicieran cuando alguien dejaba de hablar.

Mientras Carlota saludaba graciosamente desde el estrado, convencida de que había logrado una conexión profunda con el pueblo mexicano, don Teodosio Lares se acercó discretamente al alcalde de Puebla.

—¿Qué opina la gente del discurso? —preguntó.

El alcalde, un hombre que había aprendido a sobrevivir siendo diplomático con todos los gobiernos, respondió: —Pues... opinan que la emperatriz habla muy bonito.

—¿Entendieron el mensaje?

—Pues... entendieron que quiere que la quieran.

—¿Y la van a querer?

El alcalde se quedó pensativo. —Pues... la van a querer en silencio.

Era la fórmula perfecta del amor político mexicano: quererte sin comprometerte, admirarte sin comprometerte, y apoyarte sin hacer nada que pueda traer consecuencias.

La gira continuó hacia el interior durante los siguientes dos meses. En Cuernavaca, Carlota organizó una recepción para damas de la sociedad

donde explicó las ventajas del corsé europeo sobre el rebozo mexicano. En Toluca, dictó una conferencia sobre la importancia de la puntualidad que comenzó con tres horas de retraso. En Morelia, intentó enseñar vals a un grupo de músicos de mariachi que terminaron tocándolo como si fuera un huapango acelerado.

Donde más le costó trabajo fue en Yucatán, adonde llegó a finales de noviembre de 1864. Los yucatecos la recibieron con la cortesía de quien no está del todo seguro de que el Imperio incluya su península, y Carlota descubrió que sus discursos sobre la unidad nacional sonaban especialmente absurdos en un lugar que llevaba décadas considerándose un país aparte.

—¿Por qué no entienden que somos un solo México? —le preguntó frustrada a Lares durante la cena.

—Porque ellos son yucatecos primero, mexicanos después, y súbditos imperiales nunca —respondió el ministro con honestidad suicida.

Para diciembre, Carlota regresó a la capital convencida de que había plantado las semillas de una transformación histórica. Llevaba diecisiete cuadernos llenos de observaciones, treinta y dos propuestas de reforma, y la certeza absoluta de que el pueblo mexicano estaba a seis meses de volverse completamente europeo.

—¿Y bien? —le preguntó Maximiliano cuando la recibió en Chapultepec —. ¿Cómo estuvo tu gira?

—Exitosa —respondió Carlota—. El pueblo está listo para ser transformado. Solo necesitan un poco más de educación.

—¿Un poco más?

—Digamos que cinco o diez años. Veinte a lo mucho.

Maximiliano decidió no mencionar que con suerte tendrían cinco o diez meses. Carlota tenía esa expresión de satisfacción que no conviene arruinar con detalles prácticos.

—Me alegro, querida. Mientras tanto, las chinches te extrañaron.

—Yo también las extrañé, Max. También las extrañé.

Y esa noche, en la habitación imperial, Carlota escribió en su diario: El pueblo mexicano es un diamante en bruto. Solo necesita ser pulido con paciencia imperial.

No se le ocurrió pensar que tal vez el pueblo mexicano no quería ser pulido. Que tal vez prefería seguir siendo bruto, pero libre. Que tal vez la paciencia imperial era exactamente lo que no necesitaba.

Pero esos eran pensamientos para después. Por ahora, el Imperio seguía funcionando, al menos en la imaginación de sus emperadores.

Capítulo 9

Las noches de Maximiliano

Por las noches, cuando el castillo de Chapultepec se hundía en ese silencio donde sólo los grillos y los fantasmas hacen guardia, Maximiliano se entregaba a sus dos pasatiempos favoritos: la melancolía y el espiritismo. A falta de ministros eficaces, de aliados franceses sobrios y de telegramas que no comenzaran con la palabra urgente, el emperador encontró consuelo en convocar almas del más allá, a ver si alguna tenía más sentido común que los del más acá.

La jornada comenzaba con cena imperial. Era ya enero de 1865, y Carlota había dejado de asistir a las cenas después de su regreso de la gira; había decidido que su tiempo era mejor invertido escribiendo decretos imposibles desde su escritorio, que tenía una vista privilegiada al jardín invadido por gallinas insurgentes. Max, por su parte, cenaba solo. Solo, pero con protocolo. Se sentaba con la solemnidad de un noble abandonado, frente a un festín de platos mexicanos reinterpretados por cocineros europeos traumatizados. Esa noche, por ejemplo, le sirvieron escamoles a la bordalesa, acompañados de un vino local que, según el sommelier, era en realidad pulque filtrado tres veces y decantado en una botella de burdeos vacía.

—Interesante bouquet —dijo Max, tras un trago valiente—. Me recuerda a la bodega del monasterio donde estudié botánica... mezclada con el establo del jardinero jefe.

Después de la cena, venía el ritual de las cartas no recibidas. Cada noche, Max mandaba revisar su correspondencia esperando noticias de su madre, de su hermano Francisco José o, al menos, de su banquero vienés. Pero el único sobre que llegaba con regularidad era del sastre imperial, quien insistía en cobrarle un uniforme de gala que nunca había usado y que ya no le cerraba desde que descubrió el mole poblano.

—Ni una línea de mi madre... —suspiraba Max mirando el cielo estrellado desde el balcón, como si el universo tuviera buzón postal—. Ni una queja, ni un reproche... ¡nada! Ni siquiera la clásica carta pasivo-agresiva que tanto dominaba.

Un día, en un arrebató místico-epistolario, le escribió él primero:

Querida madre: el Imperio va... cómo puede. Los cactus florecen más que los conservadores, y los liberales no florecen en absoluto, solo queman cosas. Carlota manda saludos y decretos. ¿Cómo está tu reuma?

La respuesta nunca llegó. Pero esa noche, algo sí respondió.

—Majestad —le anunció el mayordomo con cara de no saber si estaba en una novela gótica o en una de José Zorrilla—, ha llegado el médium. Dice que lo envió la señora emperatriz.

—¿Carlota? ¿Otra vez con eso?

Carlota, desde hacía semanas, había convencido a Max de que la única forma de gobernar México sin perder la razón era hablar con los muertos. —Son más receptivos —aseguraba—, y al menos no intentan derrocarte.

El médium era un francés delgado, pálido, y con bigote en forma de gaviota deprimida. Se hacía llamar monsieur D'Arqueville, aunque en su pasaporte decía Pedro Sánchez. Había llegado a México como titiritero itinerante, pero descubrió que los muertos pagaban mejor que los niños, sobre todo si uno los hacía hablar en francés con acento vienés.

La sesión comenzaba a las nueve, puntual como desfile en la corte de Viena.

—Hoy —anunció D'Arqueville con voz grave— contactaremos con el alma de Napoleón Bonaparte.

—¿El tío de Napoleón III? —preguntó Max, esperanzado.

—El mismo. Me asegura que tiene consejos útiles sobre cómo perder imperios con dignidad.

La sala fue oscurecida con velas aromáticas traídas de Tlaxcala, y los asistentes (es decir, Max y un secretario que había sido obligado a participar bajo amenaza de ser nombrado ministro de Obras Públicas) se tomaron de las manos.

D'Arqueville entró en trance. O fingió hacerlo. Los límites, como en todo lo imperial, eran nebulosos.

—Soy Napoleón —dijo con voz de barril hueco—. Maximilien, hijo mío, tu destino es glorioso, aunque un poco chueco.

—¿Chueco?

—Sí, como una estatua puesta en esquina.

La sesión continuó con consejos marciales inservibles, recetas para el colapso político gradual, y una advertencia dramática: —Jamás confíes en los telegramas escritos en latín.

Max quedó conmovido. No tanto por el contenido del mensaje, sino porque por fin alguien —aunque fuera un espíritu— se había tomado la molestia de hablarle.

Pero no todas las noches eran tan espirituales. La mayoría se deslizaban entre monólogos sin público, intentos de reformas nocturnas (—¡Decreto para la regulación de la brisa nocturna en habitaciones imperiales!—), y discusiones filosóficas con el retrato de Carlomagno que colgaba en su recámara.

—¿Y tú qué habrías hecho, viejo bárbaro? —le preguntaba al óleo, copa en mano—. ¿Te habrías quedado en Aquisgrán esperando a que te traicionaran tus aliados? ¿O habrías salido a recorrer Veracruz vestido de civil para ver si alguien te reconocía?

El cuadro, como todos los buenos interlocutores de la historia imperial, permanecía en absoluto silencio.

A veces Max salía a caminar por los pasillos del castillo, en bata de seda y pantuflas, acompañado solo por el eco de sus ideas políticas y por Pancho, el portero que ahora trabajaba también como velador nocturno. Pancho había sido discretamente restituido a sus labores de limpieza después del incidente del Asesor de Sentido Común, pero seguía siendo el único que escuchaba a Maximiliano sin cobrarle.

—¿No duerme, Majestad?

—No, Pancho. El insomnio es la vigilia de los que mandan.

—O de los que no entienden lo que están haciendo.

—¿Perdón?

—Nada, Majestad. ¿Le sirvo un pulque caliente?

Y ahí, entre tragos tibios y consejos populares, Maximiliano pasaba sus noches. Soñando despierto con una Europa que lo había olvidado y un México que nunca lo había querido. Planeando decretos que no se cumplirían, bailes que nadie asistiría, y reformas que solo existían en el papel... y en su cabeza.

En una ocasión, organizó un baile de gala en honor al cumpleaños de su caballo. Se invitó a todos los miembros de la corte —los que aún no habían desertado— y se les pidió asistir con trajes de gala y donativos para la creación de un Hospital para Animales Imperiales (que luego fue desviado a una Asociación para la Prevención de la Mala Educación).

La fiesta fue un éxito rotundo en fracaso. Carlota no asistió (—Tengo que dictarle un decreto al espejo—), el obispo se durmió durante el vals, y el caballo, asustado por la música, mordió al ministro de Hacienda.

—¡Un augurio! —gritó el astrólogo imperial.

—¡Una mordida fiscal! —corrigió Pancho.

Al terminar la noche, Max regresó a su cuarto, desabrochó su uniforme ceremonial (comprado en París y nunca pagado), y se sentó frente al espejo.

—¿Y si todo ha sido un sueño?

El espejo no respondió. Las chinches sí, desde debajo del colchón.

Y así transcurrían las noches de Maximiliano durante ese invierno de 1865. Entre la desesperación elegante y la tragicomedia institucional. Entre visiones de grandeza y picaduras de la realidad. Entre bailes sin música, decretos sin efecto y cartas sin remitente.

Lo único constante era el insomnio. Y Pancho, que a esas alturas ya era el único que lo escuchaba sin cobrarle.

Para febrero, las sesiones de espiritismo se habían vuelto más frecuentes. D'Arqueville aparecía tres veces por semana, siempre con un

espíritu diferente que tenía consejos contradictorios. Una noche era Julio César recomendando la dictadura benevolente. La siguiente era Marco Aurelio aconsejando la abdicación filosófica. Luego aparecía Moctezuma para advertirle sobre los peligros de confiar en extranjeros, lo cual resultaba irónico viniendo de un espíritu convocado por un austriaco en México.

—¿No te parece extraño —le comentó Carlota una mañana durante el desayuno— que todos los espíritus que convocas hablen con el mismo acento que monsieur D'Arqueville?

—Es que todos aprenden francés en el más allá —respondió Max—. Es el idioma oficial del cielo.

—¿Y el infierno?

—Latín, supongo. Por eso el Vaticano lo usa tanto.

Carlota decidió no discutir. Había aprendido que cuando Max entraba en modo místico, era mejor dejarlo fluir que intentar devolverlo a la realidad.

Pero las noches más extrañas eran aquellas en que Max decidía hacer inspecciones nocturnas del Imperio. Se vestía con su uniforme completo, tomaba una vela, y recorría habitaciones vacías del castillo fingiendo que inspeccionaba ministerios en funcionamiento.

—Pancho —decía solemnemente—, acompáñame a revisar el Ministerio de Hacienda.

—Majestad, esa es la despensa.

—¿Y qué diferencia hay? Ambas están vacías.

Entraban a la despensa, Max revisaba las estanterías con la seriedad de un auditor, y dictaba observaciones que Pancho fingía anotar: —Las reservas de frijol son críticas. Las existencias de arroz, alarmantes. El maíz está en números rojos. Literalmente rojos porque está enmohecido.

—¿Alguna solución, Majestad?

—Decretar que el hambre es ilegal. Y multar a quien la padezca por falta de previsión.

—Muy sabio, Majestad.

—Gracias, Pancho. Tú siempre me entiendes.

Una noche de marzo, mientras la luna llena iluminaba el valle de México, Maximiliano tuvo una revelación. Estaba en el balcón, contemplando la ciudad dormida, cuando de pronto lo entendió todo.

—Pancho —llamó al velador, que estaba limpiando un candelabro cercano.

—¿Sí, Majestad?

—Creo que he sido emperador de un país que no existe.

—¿Cómo dice?

—El México que me prometieron en Miramar no existe. El México que yo decreto cada mañana no existe. El México de Carlota no existe. Solo existe el México que no nos quiere, y ese es el único real.

Pancho dejó de limpiar y se acercó al balcón. —Pos... eso que dice es lo más cuerdo que le he escuchado en meses, Majestad.

—¿Tú crees?

—Sí. Pero no se lo diga a la señora emperatriz. A ella le gusta su México imaginario.

—A mí también me gustaba el mío. Era más bonito que este.

—Todos los países imaginarios son más bonitos, Majestad. Por eso son imaginarios.

Se quedaron en silencio, contemplando la ciudad. Abajo, en algún lugar de las calles oscuras, el verdadero México seguía su curso: indiferente, rebelde, imposible de gobernar desde un castillo en una colina.

—¿Sabes qué es lo más triste, Pancho?

—¿Qué, Majestad?

—Que ni siquiera estoy seguro de que este castillo sea real. A lo mejor todo esto también es imaginario. A lo mejor yo también soy imaginario.

—Si es imaginario, imagínese más feliz, Majestad. Total, si todo es mentira, que al menos sea una mentira alegre.

Era, probablemente, el mejor consejo político que Maximiliano había recibido en todo su reinado.

Pero ya era demasiado tarde para imaginarse feliz. La realidad —esa cosa terca que no respeta las fantasías de los emperadores— estaba a punto de hacer su entrada triunfal.

Y cuando la realidad entra, lo imaginario sale por la ventana.

Incluso en los imperios de mentira.

Capítulo 10

Benito y los 300 (republicanos)

Mientras Maximiliano jugaba al emperador en un castillo infestado de chinches y Carlota predicaba las ventajas de la monarquía a gente que no hablaba español, Benito Juárez había convertido el arte de gobernar en fuga en una especie de circo ambulante con pretensiones constitucionales. Su oficina era cualquier mesa disponible, su palacio era el primer pueblo que encontrara antes de que llegaran los franceses, y su protocolo consistía en tres frases que repetía como mantra: —La ley es la ley—, —Eso no se puede hacer— y —Joven, apague ese cigarro que estamos en sesión oficial—.

Los reportes del espionaje imperial lo describían como una fuerza de la naturaleza vestida de negro: El sujeto no duerme, no come, no sonríe.

Aparece en cinco lugares distintos el mismo día. Posiblemente sea brujo. Para los conservadores era el anticristo zapoteca. Para los liberales era el mesías constitucional. Para él mismo, era simplemente un hombre con mucho trabajo por hacer y muy poco tiempo para hacerlo.

La verdad es que Juárez sí se cansaba, pero había desarrollado el talento extraordinario de verse imperturbable mientras por dentro maldecía a medio mundo. En sus notas personales, escritas en papel de estraza porque la República no está para lujos, anotaba reflexiones que habrían hecho llorar de risa a Voltaire:

Día 156 de gobierno itinerante: El ministro de Guerra perdió su caballo en una apuesta. El de Hacienda sigue buscando el tesoro nacional, que según parece lo enterramos en algún lugar entre Guanajuato y el infierno. El secretario de Relaciones Exteriores escribió una carta diplomática a Napoleón III dirigiéndose a él como 'Estimado Colega'. Pero seguimos siendo República.

Su método de gobierno era de una simplicidad brutal: llegaba a un pueblo, se instalaba en el primer edificio que tuviera techo (generalmente la casa del cura, porque los curas tenían las mejores cocinas), convocaba a sesión extraordinaria en el comedor, dictaba tres o cuatro leyes mientras se servía café, se peleaba con algún ministro por algo que había pasado tres pueblos atrás, y cuando los vigías gritaban — ¡Ahí vienen los franceses! —, ya estaba montado en su mula rumbo al siguiente destino.

A este sistema político se le conoció como república nómada o, según los más sarcásticos, gobierno de carpa de circo. Los juristas constitucionales más entusiastas lo defendían como una innovación democrática. Los conservadores lo llamaban el delirio ambulante del indio testarudo. Los soldados franceses simplemente no entendían cómo perseguir a un gobierno que no se quedaba quieto ni para tomar la foto oficial.

—¿Dónde está el presidente? —preguntaban los oficiales imperiales al revisar un aula abandonada en Zacatecas.

—Pues ya se fue —respondía un niño que vendía elotes—. Iban rumbo al norte, creo. O al sur. A ver, ¿usted qué quería?

—Capturarlo.

—Ah, pues entonces sí se fue al norte. O al sur.

El verdadero genio de Juárez no estaba en su capacidad de huir, sino en su habilidad sobrenatural para hacer que todo el mundo se sintiera culpable de algo. Era como si llevara incorporado un detector de excusas y un repertorio infinito de miradas reprobatorias.

Su gabinete era una colección de inadaptados brillantes unidos por la convicción de que México necesitaba salvarse de sí mismo. Había de todo: abogados que citaban la Constitución mientras se rascaban las

pulgas, médicos que curaban con hierbas y discursos patrióticos, generales sin soldados que planeaban batallas con piedras sobre mapas dibujados en servilletas, y un secretario de Relaciones Exteriores que hablaba un francés tan malo que los diplomáticos europeos pensaban que era un código secreto.

La mula presidencial se llamaba Constitución (porque Igualdad se había muerto de vieja tres pueblos atrás). Era un animal con principios: no cargaba a borrachos, no caminaba de noche si había tormenta, y mordía a cualquiera que sugiriera que la República era una causa perdida. En una ocasión histórica, le dio una patada en el trasero al emisario imperial que llegó a ofrecer amnistía general.

—El animal ha expresado la posición oficial del gobierno —dijo Juárez sin inmutarse—. Retírense antes de que ella elabore más argumentos.

Lo que más impresionaba del régimen juarista era su capacidad para funcionar sin recursos. No tenían embajadas, así que escribían notas diplomáticas desde cantinas. No tenían archivos, así que memorizaban todo. No tenían papel oficial, así que firmaban decretos en tortillas, hojas de maíz y, en casos de emergencia, en las camisas de los ministros.

—¿Y si perdemos? —preguntó una vez un joven constitucionalista mientras le curaban una herida con mezcal y oraciones.

—Entonces escribiremos que ganamos —respondió Juárez—. La historia la escriben los que sobreviven, no los que tienen razón.

Su método para reclutar voluntarios era infalible: llegaba a un pueblo, se plantaba en la plaza principal con su cara de juez severo, y empezaba a preguntar por qué la gente no estaba defendiendo la patria.

—¿Usted por qué no está en el ejército? —le preguntó una vez a un comerciante de Durango.

—Porque tengo familia que mantener, don Benito.

—¿Y cree que va a mantenerla mejor si ganan los franceses?

—Pues... no.

—¿Y cree que los franceses vinieron a México a ayudarle con sus problemas familiares?

—Pues... no.

—¿Entonces?

El comerciante se alistó esa misma tarde, no tanto por convicción patriótica como por terror a tener que seguir conversando con Juárez.

Por donde pasaba dejaba un rastro de culpabilidad colectiva y decretos imposibles de cumplir. Era como un misionero secular armado con la Constitución y una capacidad ilimitada para hacer que la gente se sintiera mal por no ser mejores ciudadanos.

En los pueblos más remotos empezaron a circular leyendas sobre él: que podía leer los pensamientos de los traidores, que hablaba con los santos liberales, que una vez hizo que dejara de llover con sólo fruncir el ceño. En Michoacán juraban que había convertido agua en café para mantener despierto a su gabinete durante una sesión de 18 horas. En Sonora contaban que los coyotes le tenían miedo y que por eso no atacaban las caravanas republicanas.

Nada de esto era cierto, pero tampoco era completamente imposible. Y en esos tiempos, la línea entre la realidad y la leyenda era tan delgada como el presupuesto nacional.

Su rutina diaria era de una disciplina espartana: se levantaba antes que el sol, revisaba los reportes mientras se afeitaba con agua fría, desayunaba frijoles y café (cuando había), dictaba correspondencia mientras montaba la mula, almorzaba lo que le dieran (cuando se lo daban), gobernaba hasta el anochecer, cenaba tortillas con sal (cuando las conseguía), y antes de dormir escribía en su diario personal reflexiones que hubieran hecho famoso a cualquier filósofo europeo:

La diferencia entre gobernar un país y arrear cabras es que las cabras al menos saben adónde van.

He descubierto que la mejor manera de mantener unido un gabinete es no darles tiempo de pensar en lo mal que estamos.

Los franceses pelean como si fuera una guerra. Nosotros peleamos como si fuera la vida. Ahí está la diferencia.

Para la primavera de 1865, cuando Maximiliano celebraba su primer aniversario como emperador con chinchas y melancolía, Juárez había recorrido medio país con su república ambulante. Había gobernado desde Saltillo, Monterrey, Chihuahua, y una docena de pueblos cuyos nombres ni siquiera aparecían en los mapas oficiales.

Los franceses lo perseguían con la dedicación de cazadores profesionales, pero siempre llegaban un día tarde y un presidente corto. Era como perseguir humo: sabías que estaba ahí, pero cuando extendías la mano, ya se había ido.

—¿Cómo lo hace? —se preguntaba el general Bazaine, comandante francés, mientras contemplaba otro pueblo recién evacuado—. ¿Cómo puede un hombre con tres mulas y cuatro ministros mantener viva una república?

—Porque cree en ella —respondió su ayudante.

—Nosotros también creemos en el Imperio.

—Pero usted no se comería la Constitución francesa con frijoles si no hubiera otra cosa. Ese hombre sí.

Y era verdad. Juárez había desarrollado una relación personal con la Constitución de 1857 que rozaba lo místico. La cargaba consigo a todas partes, envuelta en hule para protegerla de la lluvia, guardada en una

caja de madera que había mandado hacer especialmente. Por las noches, antes de dormir, la leía como otros leen la Biblia. Era su evangelio, su manual de instrucciones, y su prueba de que México podía ser una república funcional si tan solo la gente dejara de intentar que fuera otra cosa.

—Don Benito —le preguntó una vez Sebastián Lerdo de Tejada—, ¿usted realmente cree que podemos ganar?

—No sé si podemos ganar. Pero sé que no podemos perder.

—¿No es lo mismo?

—No, Sebastián. Ganar es derrotar al enemigo. No perder es seguir existiendo hasta que el enemigo se canse de perseguirnos.

—¿Y si no se cansan?

—Los franceses siempre se cansan. Son europeos. Para ellos la guerra es un trabajo. Para nosotros es la vida. Nosotros no podemos renunciar.

Era lógica de sobrevivencia pura: el que aguanta más, gana. Y Juárez había demostrado una capacidad de aguante que haría llorar a un camello.

Cuando finalmente llegó a Paso del Norte en agosto de 1865, instaló lo que sus ministros llamaron pomposamente la capital temporal de la República. Era una casa de adobe con dos cuartos, un patio donde picoteaban las gallinas, y una vista privilegiada a un cementerio de pioneros gringos. Desde ahí siguió firmando decretos, reprendiendo ministros, y esperando noticias del frente con la paciencia de un santo y el humor de un prestamista.

Su secretario particular, un joven idealista de Oaxaca que había perdido toda ilusión pero conservaba su capacidad para tomar dictado, anotaba las perlas de sabiduría presidencial:

—Don Benito, ¿cómo va la guerra?

—Como todas las guerras: mal para todos, pero peor para el que se rinde primero.

—¿Y la República?

—La República está donde tiene que estar: en pie, jodida, pero en pie.

Fue allí, en esa frontera polvorosa entre México y Estados Unidos, donde Juárez estableció su cuartel general definitivo. Los estadounidenses lo miraban con esa mezcla de simpatía y duda que se reserva para los proyectos heroicos pero probablemente condenados. Los mexicanos del norte lo veían como prueba de que su gobierno no se había rendido. Los franceses lo sabían inalcanzable, protegido por la frontera y por la promesa implícita de que invadir tan cerca de Estados Unidos sería un error estratégico monumental.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí? —preguntó el ministro de Guerra.

—El que sea necesario —respondió Juárez—. Un día, un año, una década. El tiempo no importa. La permanencia sí.

—¿Y si Maximiliano se consolida?

—No se va a consolidar. No se puede consolidar lo que no tiene raíces. Maximiliano es un árbol plantado en maceta: bonito de ver, pero condenado a secarse.

—¿Y nosotros?

—Nosotros somos mala hierba. Crecemos en cualquier parte, sobrevivimos cualquier clima, y siempre volvemos. Por eso vamos a ganar.

No era optimismo. Era certeza botánica.

Y desde Paso del Norte, con su república reducida a una casa de adobe y una mula llamada Constitución, Benito Juárez siguió siendo presidente de México. Presidente sin capital, sin ejército formal, sin presupuesto, pero presidente al fin.

Mientras en Chapultepec, Maximiliano escribía decretos que nadie leía, organizaba bailes que nadie asistía, y hablaba con espíritus que no existían.

La diferencia entre ambos no estaba en sus títulos, ni en sus recursos, ni en sus uniformes.

Estaba en que uno gobernaba un país imaginario desde un castillo real, y el otro gobernaba un país real desde un castillo imaginario.

Y en México, como en todas partes, la realidad siempre gana. Tarde o temprano, pero siempre gana.

Aunque sea terquedad disfrazada de república.

Capítulo 11

Las tres Francesas del Apocalipsis

Napoleón III tenía la costumbre imperial de levantarse cada mañana creyendo que era un genio y acostarse cada noche sospechando que era un estafador. México había comenzado como una de sus ideas brillantes —esas que tienen los emperadores después de tres copas de burdeos y una conversación con banqueros ambiciosos— pero ya para el otoño de 1865 se había convertido en su pesadilla recurrente, la que lo despertaba gritando —¡No, no más telegramas de Maximiliano!—

El problema no era solo que la empresa mexicana fuera un fracaso. Los fracasos, en la política europea, eran parte del folklore. El problema era que fuera un fracaso aburrido. Sin gloria, sin drama, sin siquiera una batalla épica que pudiera convertirse en cuadro para el Louvre. Solo deudas, disentería, y un emperador títere que escribía más sobre botánica que sobre estrategia militar.

—Eugenia, querida —le dijo una mañana a su esposa mientras desayunaba croissants y malas noticias—, creo que ya es hora de cortar por lo sano con nuestra... inversión americana.

La emperatriz Eugenia de Montijo, su esposa española, no era de las tres francesas del título, pero era la primera en la cadena de decisiones. Una mujer práctica que había apoyado inicialmente la aventura mexicana pensando en mercados y en gloria, pero que ahora solo veía números rojos y soldados muertos.

—¿Inversión? —respondió sin levantar la vista del *Le Fígaro*—. Luis, querido, las inversiones dan dividendos. Lo nuestro es filantropía armada. Y la más cara de la historia.

Los números eran implacables: Francia había gastado más dinero en mantener a Maximiliano de emperador que lo que costaba una guerra europea decente. Y lo único que habían conseguido era la antipatía de Estados Unidos, la burla de Inglaterra, y una colección de cartas lacrimógenas de Carlota.

En el ministerio de Finanzas, el barón de Rothschild había comenzado a caminar de un lado a otro de su oficina murmurando cifras como un rosario laico. La junta de acreedores se había convertido en una sesión de terapia colectiva donde cada banquero compartía su trauma mexicano.

El director del *Crédit Mobilier* decidió que ya era suficiente: —Señores, México no es un país. Es un caso clínico. Y nosotros somos los síntomas.

La segunda francesa era la propia Francia como entidad: el país que había prometido civilizar América y ahora solo quería volver a casa. La opinión pública francesa había pasado de la euforia imperialista al hastío pragmático. Los periódicos parisinos ya no preguntaban por el emperador mexicano. Los salones de sociedad evitaban el tema como si fuera contagioso.

Napoleón III se dio cuenta de que México lo estaba haciendo parecer exactamente tan inteligente como era. Y eso, en términos de imagen pública, era un desastre.

La operación de retirada se planeó con meticulosidad. Primero había que convencer a la opinión pública francesa de que México ya no necesitaba ayuda. Luego había que convencer a los mexicanos de que Francia ya no podía darla. Y finalmente había que convencer a Maximiliano de que todo había sido idea suya desde el principio.

La carta oficial fue redactada en latín eclesiástico para darle solemnidad y, sobre todo, para que nadie la entendiera sin ayuda de un diccionario: El Imperio Gálico declara que ha completado exitosamente su misión en territorio mexicano, debido a los admirables progresos que no requieren ulterior intervención.

El mensajero que llevó la carta era un diplomático veterano que había sobrevivido a tres revoluciones. Sabía reconocer una misión suicida cuando la veía, por eso pidió que le pagaran por adelantado.

La tercera francesa era la más cruel de todas: la realidad francesa. Prusia se estaba armando en la frontera, los problemas internos crecían, y mantener treinta mil soldados al otro lado del Atlántico había dejado de ser conveniente para convertirse en suicida.

—¿Y ahora qué hacemos con Maximiliano? —preguntó finalmente Eugenia.

—Que la historia se haga cargo.

Mientras tanto, en México, Maximiliano seguía organizando exposiciones de botánica y escribiéndole cartas a su madre que nunca le respondía. El pobre hombre vivía en una burbuja de cortesía imperial que sus subordinados mantenían por lástima. Nadie se atrevía a decirle que Francia los había abandonado, que los conservadores empezaban a desertar, y que Juárez se acercaba desde el norte con su República ambulante.

Cuando finalmente llegó la carta imperial, Maximiliano la recibió con la misma inocencia con que había aceptado la corona.

—¿Qué dice? —preguntó Carlota después de verlo leer el documento tres veces seguidas.

—Dice que... que hemos triunfado.

—¿Qué hemos triunfado?

—Que el imperio mexicano es ya tan próspero y estable que Francia considera cumplida su misión civilizadora.

Carlota lo miró como se mira a un niño que acaba de creer que los Reyes Magos existen. —Max, querido, ¿tú te crees eso?

—¿Por qué no habría de creérmelo?

—Porque llevamos tres meses sin ver un solo soldado francés sobrio.

La retirada francesa fue una obra maestra de la logística militar aplicada al abandono elegante. Los soldados empacaron sus cosas como quien recoge después de una cena que salió mal: rápido, sin hacer ruido, y procurando no romper nada valioso.

El general Bazaine se reunió con Maximiliano para la despedida oficial en diciembre de 1865. Fue una conversación que hubiera hecho llorar a los comediógrafos de París:

—Majestad, Francia se retira con la satisfacción del deber cumplido.

—¿Ya terminamos de civilizar México?

—Completamente, Majestad. Su imperio es ya un ejemplo para el mundo.

Los últimos barcos franceses partieron de Veracruz en marzo de 1866, un martes lluvioso. En cubierta, los soldados cantaban canciones nostálgicas sobre lo bonito que era Francia y lo raro que era México.

En París, Napoleón III recibió la noticia del embarque final con alivio y champán. —¿Y con Maximiliano? —preguntó Eugenia.

—Que la historia se haga cargo.

Y así terminó la aventura francesa en México. No con gloria ni con honor, sino con el alivio de quien se quita un zapato que le aprieta. Los banqueros volvieron a invertir en ferrocarriles alemanes. Los diplomáticos volvieron a concentrarse en los problemas europeos.

Solo quedó, en los archivos del Quai d'Orsay, un expediente etiquetado como Caso México: Experiencia Colonial No Repetir. Y en una nota al margen: Algunas veces es mejor no civilizar.

Mientras tanto, en Chapultepec, Maximiliano siguió cuidando sus orquídeas, esperando cartas de su madre, y preguntándose por qué las recepciones imperiales estaban cada vez menos concurridas.

Las tres francesas del apocalipsis —Eugenia la práctica, Francia la cansada, y la Realidad la implacable— habían decretado el fin del experimento.

Ahora solo faltaba que alguien le avisara al emperador.

Capítulo 12

Carlota va a Europa y se vuelve loca (o cuerda, según se mire)

Carlota Amalia de Bélgica empacó para su viaje a Europa en julio de 1866 como quien se prepara para una campaña militar: con la determinación de Juana de Arco, el presupuesto de una solterona de provincia, y la ingenuidad de quien cree que basta explicarle a un emperador que está equivocado para que cambie de opinión.

Su plan era de una simplicidad conmovedora: iría de capital en capital presentando el caso mexicano con la lógica irrefutable de los hechos. ¿Cómo podrían negarle el apoyo a una princesa que citaba a Goethe en alemán, a Voltaire en francés, y que además tenía un imperio que administrar?

La realidad europea la recibió con la cordialidad de un portero de ministerio un lunes por la mañana.

En París, Napoleón III la hizo esperar tres días mientras se recuperaba de una gripe diplomática. El cuarto día mandó a su secretario con un mensaje que era una obra maestra de la cortesía institucional: Su Majestad Imperial lamenta no poder recibirla debido a compromisos previos de índole estratégica.

—¿Qué compromisos? —preguntó Carlota.

—Esta tarde debe inaugurar una exposición de quesos de Normandía. Es un asunto de Estado.

Eugenia fue más directa cuando finalmente accedió a una audiencia de quince minutos: —Querida Carlota, tu situación es muy... ¿cómo decirlo sin sonar cruel?

—¿Compleja?

—Iba a decir pintoresca. El caso es que Luis ya no puede ayudar. El asunto mexicano ha dejado de ser... rentable.

En Viena, su cuñado Francisco José la recibió con el entusiasmo de quien atiende a un vendedor de enciclopedias: —Carlota, querida, México es un país muy... lejano. Austria tiene compromisos más cercanos. Los húngaros, por ejemplo.

—Pero Maximiliano es tu hermano.

—Exactamente. Por eso entiendo que tenga vocación de aventurero. Es un rasgo familiar.

En Bruselas, su propio padre fingió no estar en casa. El mayordomo le explicó: —Su Majestad el Rey se encuentra de caza en los bosques de Ardenas.

—¿Cuándo regresa?

—Cuando termine la temporada de caza.

—¿Y cuándo termina?

—Cuando Su Majestad lo decida.

Carlota entendió que Europa había decidido tratarla como a una pariente problemática: con cariño distante, paciencia limitada, y la esperanza de que se fuera pronto.

Fue entonces cuando decidió que su única esperanza era la autoridad divina. Y se dirigió al Vaticano en agosto de 1866.

En Roma, el cardenal Antonelli la recibió en su despacho con la expresión de resignación eclesiástica que había perfeccionado durante treinta años de atender a nobles desequilibrados.

—¿En qué puede ayudarla la Santa Sede?

—Vengo a solicitar apoyo para el Imperio Católico de México.

—¿Todavía existe eso?

El Papa Pío IX accedió finalmente a una audiencia de quince minutos, con condiciones: sin lágrimas, sin súplicas, y sin mencionar a Napoleón III.

—Santo Padre, el Imperio Mexicano necesita el apoyo moral de la Iglesia.

—Hija mía, la Iglesia apoya moralmente a todos los gobiernos católicos.

—¿Entonces nos apoyarán?

—Moralmente, sí. Financieramente, no. Militarmente, tampoco.

Carlota salió del Vaticano con una bendición apostólica, una stampa de San Pedro, y la certeza de que había tocado fondo.

Se instaló en una pensión para peregrinos, un establecimiento que se especializaba en nobles en desgracia. La dueña le asignó la habitación número 3: —Es la que prefieren las señoras con problemas dinásticos. Tiene buena luz para escribir cartas que nunca se envían.

Fue ahí donde empezó la locura. O la lucidez final, según el punto de vista.

Carlota comenzó a escribir cartas a destinatarios cada vez más creativos. Primero a reyes que no le respondían. Luego a ministros que fingían no haberlas recibido. Después a santos católicos, filósofos muertos, y personajes históricos.

Los empleados empezaron a preocuparse cuando la encontraron dirigiéndose a un candelabro con protocolo de Estado: —Excelencia, la situación en Michoacán requiere atención inmediata.

Cuando la interrumpieron, Carlota explicó: —Estoy en reunión de gabinete con el general Miramón. ¿No ven que está esperando órdenes?

Un médico romano fue llamado para evaluar su estado. Su diagnóstico fue preciso: —La señora no está loca en el sentido tradicional. Simplemente ha decidido que la realidad es demasiado desalentadora para habitarla.

Carlota pasaba las tardes en el jardín dictando decretos a las palomas, nombrando ministros entre los gatos, y estableciendo relaciones diplomáticas con los rosales.

Cuando las noticias de la ejecución de Maximiliano llegaron a Roma el 1 de julio de 1867, Carlota las recibió con serenidad: —¿Maximiliano? Imposible. Anoche cenamos juntos. Estaba muy animado hablando de sus orquídeas.

Su familia decidió internarla en el castillo de Bouchout, en Bélgica. Carlota aceptó con dignidad: —Un cambio de palacio será beneficioso para el gobierno.

En Bouchout siguió gobernando su imperio imaginario. Sus súbditos (los empleados) le informaban sobre las cosechas (el jardín), las finanzas (el presupuesto doméstico), y los asuntos exteriores (el correo que nunca llegaba).

—¿Cómo van las relaciones con Francia? —preguntaba durante el desayuno.

—Cordiales pero distantes, Su Majestad —respondía el mayordomo.

—Perfecto. Mantengamos esa distancia.

En sus momentos de mayor lucidez, Carlota escribía reflexiones que habrían impresionado a cualquier filósofo: He descubierto que la locura es simplemente la cordura que ha perdido la paciencia con el mundo.

Una de sus últimas cartas decía: Tal vez no estoy loca. Tal vez los cuerdos se rindieron demasiado pronto. Tal vez mi error fue creer que Europa tenía honor, que América tenía futuro, y que Maximiliano tenía carácter. Pero si esos fueron mis errores, al menos fueron errores nobles.

Carlota vivió hasta el 19 de enero de 1927, gobernando su imperio de papel con más dignidad que muchos que gobernaron imperios reales. Al final, su locura había resultado más duradera que la cordura de quienes la abandonaron.

Cuando murió, en 1927, el mundo había cambiado tanto que México parecía un país diferente, Europa se había destruido dos veces, y los imperios que la habían rechazado ya no existían.

En su testamento, dejó escrito: Lego mi imperio a quien tenga la paciencia de creer en él. No requiere territorios, solo imaginación. Y la imaginación, a diferencia de la realidad, nunca defrauda.

El Vaticano, por si acaso, siguió bendiciendo el candelabro que había servido como general Miramón.

Capítulo 13

Max sin bigote ni balas

Maximiliano de Habsburgo se despertó esa mañana de febrero de 1867 con la extraña sensación de que algo faltaba en su vida. Primero pensó que era Carlota, que llevaba ya medio año en Europa sin enviar más que telegramas crípticos. Luego que eran los franceses, que habían partido hacía casi un año dejando apenas el olor del coñac y promesas rotas. Después que era el dinero, que nunca había tenido realmente. Finalmente se dio cuenta de que lo que más le dolía era la ausencia de ilusiones.

Se levantó con la pesadez de quien ha dormido mal durante tres años consecutivos y se acercó al espejo. Lo que vio lo hizo gritar.

—¡Dios mío! —exclamó llevándose las manos al rostro.

Pancho, el velador que entraba a abrir las cortinas, se acercó alarmado. —¿Qué pasa, Majestad? ¿Un atentado?

—Peor —respondió Max señalando su almohada—. Mi barba.

Durante la noche, mechones enteros de su famosa barba imperial habían caído sobre la almohada como hojas de otoño. El estrés, la mala alimentación, y tres años de fracaso continuo habían cobrado su cuota folicular. Lo que quedaba era irregular, patético, como un jardín mal cuidado después de una tormenta.

—Mi barba imperial... —murmuró Max contemplando los pelos dispersos—. Sin ella, ¿quién soy? ¿Un empleado de banco? ¿Un maestro de escuela?

—Un emperador sin barba, Majestad. Que sigue siendo más que la mayoría —dijo Pancho con esa practicidad que caracteriza a quien ya ha visto de todo—. La guardaré en una caja por si la quiere para recuerdo. O para hacerse una peluca más adelante.

El castillo de Chapultepec se había convertido en una versión tropical de un barco fantasma. Los salones estaban vacíos, las cortinas comidas por las polillas, y los únicos súbditos leales eran las cucarachas, que por lo menos tenían la cortesía de esconderse cuando él entraba. Las recepciones imperiales se habían reducido a cero. Los bailes de gala eran recuerdos. Hasta las chinches parecían estar desertando hacia colchones más prometedores.

Esa mañana, como todas las mañanas desde la partida de los franceses, Maximiliano dictó sus decretos diarios a Pancho, que había asumido por pura necesidad todos los cargos vacantes del imperio: secretario, ministro, consejero, y ocasionalmente audiencia para los monólogos imperiales.

—Decreto imperial número... bueno, ya perdí la cuenta —comenzó Max con voz cansada—. Se prohíbe a los gallos cantar antes de las siete de la mañana.

—¿Y si no obedecen? —preguntó Pancho, ya experto en estas conversaciones absurdas.

—Los degradamos a pollos.

—Entendido. ¿Siguiente decreto?

—Se ordena que todos los árboles crezcan derechos y con optimismo. Los que crezcan torcidos serán multados.

Pancho escribía con la resignación de quien anota las últimas voluntades de un moribundo. Después de seis meses de decretos similares, había desarrollado una filosofía práctica: si el emperador quería ordenarle al viento que soplara en círculos, él tomaría nota. Total, el viento iba a hacer lo que se le diera la gana.

La situación financiera era, usando un eufemismo, catastrófica. El tesoro imperial consistía en tres pesos con cincuenta centavos, una caja de botones de nácar sin valor comercial, y un reloj de bolsillo descompuesto que marcaba permanentemente las tres y cuarto.

—Pancho, ¿cuánto dinero nos queda exactamente?

—Depende de cómo cuente, Majestad. Si cuenta las monedas, tres pesos cincuenta. Si cuenta las deudas, debemos ochocientos mil. Si cuenta las promesas que le hicieron los franceses, somos millonarios. Pero las promesas francesas no se comen.

—¿Y si no cuento nada?

—Entonces seguimos siendo ricos, pero solo en la imaginación. Como todo en este imperio.

Los ministros que quedaban llegaban con noticias cada vez peores, cuando llegaban. Algunos simplemente habían dejado de aparecer, como invitados a una fiesta que se dan cuenta a media celebración de que están en el velorio equivocado.

El general Miramón apareció un martes de marzo de 1867 con su uniforme impecable pero su cara de funeral. —Majestad, el ejército imperial se ha reducido a dos mil hombres. Algunos de ellos están aquí por error y los demás por lástima.

El general Mejía llegó después con peores noticias: —Majestad, los liberales controlan ya tres cuartas partes del país. Pronto controlarán las cuatro cuartas.

—¿Y Márquez? ¿Dónde está Márquez?

—Nadie lo sabe, Majestad. Algunos dicen que fue a buscar refuerzos. Otros que fue a buscar empleo. Los más realistas creen que fue a buscar un barco a Europa.

Fue entonces cuando el ministro Lares, el último que conservaba algo de protocolo diplomático, dio el consejo que nadie quería dar pero todos pensaban: —Majestad, debemos considerar seriamente la posibilidad de... retirarnos.

—¿Retirarnos adónde? —preguntó Max, aunque conocía la respuesta.

—A Europa. A Viena. A cualquier lugar donde no lo vayan a fusilar. Mientras aún es posible salir con vida.

Max contempló la propuesta con la seriedad de quien evalúa opciones que ya no existen. Se levantó, caminó hacia la ventana, y contempló el valle de México bañado por el sol de marzo.

—¿Y qué dirá la historia, Lares?

—Que Su Majestad tuvo el sentido común de irse antes de que lo mataran.

—Prefiero que diga que me quedé hasta el final.

—El final está muy cerca, Majestad. Tan cerca que puede olerlo.

—Lo sé, Lares. Créeme que lo sé. Pero los Habsburgo no huyen. Es lo único que nos queda: la capacidad de perder con estilo.

Para abril de 1867, la situación era insostenible incluso según los estándares de optimismo imperial. Juárez avanzaba desde el norte con la lentitud metodológica de quien sabe que ya ganó y solo falta que el enemigo lo acepte. Los conservadores que quedaban aconsejaban la huida inmediata. Los europeos que no habían desertado compraban boletos de barco como quien compra seguros de vida antes de una cirugía peligrosa.

Una mañana, el hombrecito nervioso del Ministerio de Información —que seguía funcionando porque nadie le había avisado que debía cerrar— llegó con el telegrama definitivo: —Majestad, los liberales han tomado

Puebla. Se acercan a la capital. Calculamos que tienen una semana, quizás diez días.

—¿Con cuántos hombres?

—Con todos los que importan, Majestad. Y con varios que no importan pero igual vienen por curiosidad.

Max tomó entonces la decisión más extraña de su reinado: en lugar de huir a Veracruz y tomar el primer barco a Europa, decidió dirigirse a Querétaro con los últimos dos mil soldados que le quedaban. Era como si hubiera decidido que si iba a terminar mal —y claramente iba a terminar mal— al menos terminaría con alguna dignidad militar que compensara tres años de indignidad administrativa.

—¿Por qué Querétaro? —le preguntó Pancho mientras empacaban las pocas pertenencias que valía la pena llevarse.

—Porque es donde están mis últimos generales leales. Miramón y Mejía. Si voy a resistir algo, prefiero hacerlo con gente que al menos finge creer en mí.

—¿Y qué van a hacer en Querétaro?

—Resistir.

—¿Resistir qué, exactamente? ¿El inevitable? ¿La historia? ¿La gravedad?

—Todo lo anterior. Y cuando ya no podamos resistir más, al menos habremos resistido.

—Esa es la peor estrategia militar que he escuchado, Majestad.

—Lo sé. Pero es la única que tengo.

El viaje a Querétaro fue un desfile melancólico que comenzó el 13 de febrero de 1867. Max iba en un carruaje prestado que crujía como anciano con artritis, escoltado por soldados que parecían estar ensayando para su propio funeral. No había bandas, no había vítores, no había ilusiones. Solo polvo, silencio, y la certeza compartida de que iban hacia el final.

Pancho lo acompañaba, no como criado sino como testigo. Alguien tenía que quedarse para contar la historia, y Pancho había desarrollado un talento natural para sobrevivir a los desastres ajenos.

—Pancho —le dijo Max durante el trayecto, mientras contemplaba los campos secos de Querétaro—, ¿tú crees que he sido un buen emperador?

—Majestad, ha sido el emperador más educado que México haya tenido. El más culto, el más bien intencionado, y probablemente el más ingenuo. Lástima que ninguna de esas cosas sirva para gobernar.

—¿Y qué sirve para gobernar México?

—Saber cuándo irse. Y usted ya debió haberse ido hace un año. O mejor aún, nunca haber venido.

—Tal vez tengas razón. Pero los Habsburgo no huyen. Es una tradición familiar que no puedo romper, aunque rompa todo lo demás.

—Los Habsburgo tampoco se dejan fusilar, Majestad. Hasta que usted invente esa tradición.

Max sonrió con tristeza. Pancho tenía esa habilidad terrible de decir las verdades más duras con la naturalidad de quien comenta el clima.

Llegaron a Querétaro el 19 de febrero. La ciudad los recibió con el entusiasmo de una funeraria recibiendo a un cliente que llega caminando. El Convento de la Cruz, convertido en cuartel general imperial, era un edificio que había visto mejores días durante la Colonia y no había vuelto a ver días buenos desde entonces.

—Bienvenido a Querétaro, Majestad —le dijo el alcalde con una reverencia que era más condolencia que saludo—. Esperamos que su estancia sea... productiva.

—¿Productiva en qué sentido?

—En el sentido de que termine pronto y sin demasiado derramamiento de sangre. Principalmente la nuestra.

Y ahí, en ese convento polvoriento, Maximiliano de Habsburgo estableció su último cuartel general. Sin barba completa, sin dinero, sin franceses, sin Carlota, sin esperanza, pero con la dignidad intacta de quien ha decidido que la única forma de salvar el honor es perder con estilo.

—Pancho —le dijo esa primera noche en Querétaro, mientras cenaban tortillas duras y frijoles aguados—, creo que éste será mi último capítulo.

—Probablemente, Majestad. A menos que invente un milagro. Y los Habsburgo no son muy buenos con los milagros.

—¿Crees que la historia me recordará?

—Depende de cómo termine. Si lo fusilan con dignidad, será un mártir romántico. Si huye, será un cobarde común. Si se rinde sin pelear, será un fracasado olvidable.

—¿Y si resisto hasta el final?

—Entonces será un idiota noble. Que es infinitamente mejor que un idiota común. Los idiotas nobles al menos salen en los libros de historia.

Max se rio por primera vez en meses. Una risa corta, amarga, pero genuina. —Prefiero ser un idiota noble, entonces.

—Pues ya casi lo logra, Majestad. Ya casi.

Y esa noche, mientras el cerco republicano se preparaba para cerrarse sobre Querétaro como una soga alrededor del cuello de un condenado, Maximiliano escribió en su diario personal con la caligrafía perfecta que había mantenido incluso en los peores momentos:

He sido emperador de México durante casi tres años. No recomiendo la experiencia. El país es hermoso, la gente inteligente, y la comida excelente. Pero no se deja gobernar por extranjeros, y tiene toda la razón del mundo. Si pudiera volver atrás, me quedaría en Miramar cuidando mis orquídeas. Pero ya que estoy aquí, al menos terminaré esto con la dignidad que no tuve mientras gobernaba.

Firmó: Maximiliano de Habsburgo, ex emperador de todo y actualmente emperador de nada.

Al día siguiente, 20 de febrero de 1867, comenzó oficialmente el sitio de Querétaro. Y con él, el último acto de la comedia imperial que había comenzado tres años atrás con mariachis imaginarios y terminaría con balas muy reales.

Capítulo 14

El fusilamiento de los ingenuos

Querétaro no es Viena. Ni tiene valeses, ni tiene diplomáticos, ni tiene fondue. Tiene polvo, hambre, soldados improvisados y una cita marcada con la eternidad a las seis de la mañana.

El sitio de Querétaro duró setenta y dos días exactos, del 6 de marzo al 15 de mayo de 1867. Setenta y dos días en los que Maximiliano descubrió que resistir heroicamente es mucho menos romántico de lo que sugieren las novelas, y que el hambre no respeta protocolos imperiales ni educación vienesa.

El Convento de la Cruz no era exactamente el Palacio de Schönbrunn. Los techos goteaban con ritmo constante, las paredes estaban descascaradas como pintura vieja, y el único lujo era un crucifijo de madera que parecía mirar a los visitantes con expresión de —¿en serio van a intentar esto aquí?—

—Majestad —dijo Pancho inspeccionando las habitaciones el primer día—, esto no es exactamente palaciego.

—¿Tú crees, Pancho? ¿Qué te dio la pista? ¿La ausencia de jardines o el hecho de que las ratas nos saludan como familia?

—Principalmente las ratas. Parecen más educadas que algunos ministros.

Los generales conservadores que quedaban eran una colección de personajes condenados. Miramón, con su bigote de mosquetero y su tendencia a citar a Napoleón en momentos inoportunos. Mejía, que rezaba el rosario con una mano y limpiaba su pistola con la otra. Y Márquez, que había desaparecido con la excusa de buscar refuerzos en la capital y del que nunca más se supo.

—Caballeros —anunció Maximiliano en su primera reunión de gabinete en Querétaro—, hemos venido aquí a demostrar que el Imperio Mexicano no se rinde.

—¿Aunque ya no tengamos imperio? —preguntó Miramón con pragmatismo militar.

—Especialmente por eso. Es más fácil defender algo que no existe. No puede empeorar.

—Esa es la lógica más derrotista que he escuchado, Majestad —dijo Mejía—. Pero supongo que a estas alturas, la lógica ya no importa.

La situación militar era, usando el lenguaje diplomático, una mierda completa. Los liberales habían rodeado la ciudad con la eficiencia de meseros en restaurante de lujo. Cada salida estaba bloqueada, cada comunicación interceptada, cada esperanza archivada.

—¿Cuántos hombres tenemos exactamente? —preguntó Maximiliano durante la segunda reunión.

—Dependiendo de cómo se cuente, Majestad —respondió Miramón—. Si contamos a los despiertos, trescientos. Si contamos a los sobrios, ciento cincuenta. Si contamos a los que creen que vamos a ganar, usted, yo, y el gato de la cocina.

—¿Y si contamos a los dispuestos a morir por el Imperio?

—Entonces somos negativos, porque algunos ya se fueron y se llevaron a otros.

La comida se había convertido en recuerdo nostálgico. El menú imperial consistía en tortillas duras que podrían usarse como arma, frijoles aguados que sabían a promesas rotas, y café que era básicamente agua con memoria de haber conocido un grano.

—¿Esto es todo? —preguntó Max la primera noche, contemplando su plato.

—Es lo que hay, Majestad —respondió el cocinero—. Mañana igual hay menos. Pasado mañana empezamos a cocinar esperanzas.

Maximiliano intentó mantener la rutina imperial con terquedad admirable. Se levantaba a las seis, se aseaba con agua fría, se peinaba con meticulosidad, y dictaba decretos que nadie iba a cumplir porque nadie los leería.

Sus órdenes más recientes incluían: —Se prohíbe a los liberales acercarse a menos de cinco kilómetros de la ciudad—, —Se ordena al clima que mejore inmediatamente—, y —Se declara obligatorio el optimismo en todas las conversaciones oficiales—.

Las noches en el convento eran surrealistas. Miramón daba clases de estrategia militar a soldados que ya habían decidido que la única estrategia inteligente era desertar. Mejía organizaba rosarios colectivos

donde se pedía por milagros cada vez más específicos: que llegaran refuerzos, que no llegaran balas, que esto terminara pronto.

Maximiliano escribía memorias que sabía que nadie leería: He descubierto que gobernar México es como dirigir una orquesta donde todos los músicos tocan instrumentos diferentes, en tonos distintos, y cada uno cree que está interpretando otra canción.

El cerco se fue cerrando con lentitud inevitable. Cada día llegaban menos noticias del exterior. Cada semana desertaban más soldados. Cada mes se hacía más evidente que el Imperio había sido una idea tan buena en el papel como mala en la práctica.

La traición llegó como llegan todas las traiciones: de madrugada y por la puerta de atrás. El coronel Miguel López, a quien Maximiliano consideraba leal, abrió las puertas del convento a los republicanos la madrugada del 15 de mayo de 1867, a cambio de dinero suficiente para comprar una conciencia nueva en otro país.

A las seis de la mañana, los liberales entraban por todas partes como agua en barco hundido. Maximiliano se vistió con su uniforme de gala — el mismo que había usado en su llegada a Veracruz tres años atrás— se peinó con cuidado, y se presentó ante sus captores con la dignidad de un actor que sabe que la función ha terminado.

—Señores —dijo, entregando su espada al coronel que dirigía la captura—, he sido emperador de México durante tres años. Ha sido una experiencia educativa que no recomendaría a nadie.

—¿Algún arrepentimiento? —preguntó el coronel con curiosidad genuina.

—Muchos. Pero principalmente, haber creído que podía civilizar un país que ya estaba civilizado, solo que a su manera. Resulta que no necesitaban mis lecciones europeas.

El juicio fue una farsa, pero una farsa bien organizada que al menos respetaba las formas legales. Se celebró en el Teatro Iturbide durante tres días de junio, un lugar más apropiado para zarzuelas que para sentencias de muerte. Los jueces eran soldados que habían aprendido derecho en el campo de batalla. Y el acusado era un austriaco que había llegado a México con la mejor intención del mundo.

—¿Última palabra? —preguntó el presidente del tribunal el 14 de junio.

—Sí —respondió Maximiliano poniéndose de pie—. Gracias por la hospitalidad. México es un país extraordinario, con gente extraordinaria. Lástima que yo no haya sido un emperador a la altura. Si hay algo que lamento, no es haber venido, sino no haber entendido.

La sentencia fue fusilamiento, dictada el 15 de junio de 1867. Maximiliano la recibió con la misma compostura que había mostrado durante todo el juicio. Como si hubiera estado esperando ese momento desde que bajó del barco en Veracruz tres años atrás.

—¿Alguna petición especial? —preguntó el coronel encargado de la ejecución.

—Sí. Que me fusilen de frente, no por la espalda. No por valentía, sino por estética. Los Habsburgo siempre hemos sido vanidosos hasta en la muerte.

Las últimas cuatro noches las pasó en una celda que era, irónicamente, más cómoda que su palacio de Querétaro. Tenía una cama sin chinches, una mesa para escribir, papel suficiente, y una ventana que daba al Cerro de las Campanas donde iba a morir.

Escribió su último mensaje la noche del 18 de junio: A quien corresponda: He sido emperador de México durante tres años. No recomiendo la experiencia. El país es hermoso, la gente es inteligente, y la comida es excelente. Pero no se deja gobernar por extranjeros, y tiene toda la razón. Que mi muerte sirva al menos para que otros no cometan mi error. Atentamente, Maximiliano de Habsburgo, ex emperador de todo y actualmente emperador de nada.

El 19 de junio de 1867, a las seis de la mañana, Maximiliano caminó hacia el Cerro de las Campanas acompañado de Miramón y Mejía, los únicos generales que habían permanecido leales hasta el final. Iba vestido de civil —había rechazado el uniforme militar— llevaba una flor en el ojal, y tenía la expresión serena de quien por fin había entendido el chiste.

Antes de que le vendaran los ojos, miró hacia la ciudad que lo había recibido con resignación y que ahora lo despedía con puntualidad militar.

—Querétaro no es Viena —murmuró—. Pero tiene su propio encanto. Un encanto mortal, pero encanto al fin.

Repartió monedas de oro entre los soldados del pelotón de fusilamiento, pidiéndoles que apuntaran al corazón. —Para que sea rápido y ustedes no tengan que cargar con el remordimiento toda la vida. No es culpa suya que yo haya sido un idiota con corona.

Los disparos resonaron en la mañana del 19 de junio como el final de una ópera mal dirigida pero honestamente interpretada. Maximiliano cayó primero. Miramón después. Mejía al último, como si el destino quisiera darles un orden hasta en la muerte.

Y el polvo de Querétaro, como siempre, lo cubrió todo. Incluyendo la historia de un austriaco que había venido a México a ser emperador y se había ido siendo solamente un hombre que había entendido, demasiado tarde, que México ya tenía dueño.

Pancho, que había conseguido permiso para presenciar la ejecución desde lejos, se quedó un rato mirando los tres cuerpos. Después recogió la flor que se había caído del ojal de Maximiliano, se la puso en su

sombrero, y caminó hacia la ciudad silbando una canción que no era marcha fúnebre.

Era una canción que no tenía nombre, pero que sonaba a principio, no a fin.

Porque en México, los finales siempre son principios disfrazados.

Capítulo 15

Carlota sola, pero con corona

El castillo de Bouchout era exactamente lo que necesitaba una emperatriz destronada: discreto, melancólico y con suficientes corrientes de aire para justificar los escalofríos existenciales. Ubicado en esa parte de Bélgica donde hasta los paisajes parecen tener caspa, el edificio había sido diseñado por arquitectos que creían que la elegancia consistía en hacer que todo se viera un poco triste, pero con clase.

Carlota llegó allí en agosto de 1867, después de su gira europea del fracaso y su colapso en Roma. La habían traído discretamente, como se trae a los parientes problemáticos: con cariño, pero también con prisa.

—Madame la Emperatriz —le dijo el administrador del castillo, un belga rechoncho que sudaba protocolo—, esperamos que encuentre aquí la paz que merece.

—¿Paz? —respondió Carlota, ajustándose los guantes con precisión mecánica—. Yo no vine aquí a buscar paz. Vine a organizar la reconquista.

El administrador sonrió con esa expresión que se usa para los locos peligrosos y los clientes morosos. —Por supuesto, Majestad. ¿Reconquista de qué?

—De México, obviamente. ¿De qué más se puede reconquistar desde Bélgica?

Le asignaron la suite imperial, que era imperial solo en el nombre y en el precio. Tenía vista al jardín, donde los árboles se veían tan deprimidos como los inquilinos anteriores, y una doncella llamada Mathilde que había aprendido a tratar con la nobleza europea aplicando la misma técnica que se usa con los niños caprichosos: sonreír mucho y asentir sin escuchar.

Durante las primeras semanas, Carlota se dedicó a explorar su nuevo reino. El castillo tenía diecisiete habitaciones, treinta y dos ventanas, cinco chimeneas que funcionaban, tres que no, y un fantasma que según los empleados se aparecía los martes para quejarse del servicio.

—Mathilde —le dijo a su doncella una mañana de septiembre—, convoca al gabinete. Tenemos que discutir la situación de Michoacán.

—¿El gabinete, Madame?

—Sí, mujer. Los ministros. ¿O crees que un imperio se gobierna solo?

Mathilde, que había trabajado antes con una condesa que creía ser Juana de Arco, sabía cómo manejar estos episodios. Salió del cuarto, esperó diez minutos, y regresó con cara de funcionaria eficiente.

—Madame, los ministros están en sesión permanente. Dicen que la esperan en el salón verde.

Carlota bajó al salón verde, que estaba vacío salvo por tres sillas que Mathilde había colocado estratégicamente. Se sentó en la silla principal y comenzó su reunión de gabinete con la seriedad de quien dirige un país.

—Señores ministros —anunció, dirigiéndose a las sillas vacías—, la situación es grave. Nuestras fuerzas en Querétaro necesitan refuerzos, y los franceses nos han abandonado como novio en altar ajeno.

La silla de la izquierda, designada Ministro de Guerra, no respondió.

—¿Miramón? ¿Qué propone usted?

Silencio ministerial.

—¿Resistencia hasta el final? Me parece arriesgado, pero admiro su valentía.

Mathilde, observando desde la puerta, anotaba todo en un cuaderno donde llevaba el registro de las conversaciones imperiales. Su entrada de ese día decía: Gabinete ministerial. Decisiones importantes. Los muebles muy cooperativos.

El médico del castillo, un alemán llamado Doctor Riedel que creía en la ciencia como otros creen en los horóscopos, visitaba a Carlota semanalmente. Su diagnóstico era de una precisión académica: —La paciente presenta un delirio sistematizado con elementos megalomaniacos, pero estructurado de manera coherente. Mantiene funciones cognitivas superiores intactas.

—¿En español, doctor? —le preguntaba el administrador.

—Está loca, pero de manera muy organizada. Y no es peligrosa, salvo para el presupuesto de correspondencia.

Las cartas se habían convertido en la principal actividad del castillo. Carlota escribía veinte diarias: a Napoleón III pidiéndole que reconsiderara, a Pío IX solicitando otra audiencia, a su hermano Leopoldo sugiriéndole que invadiera México con el ejército belga, y a Benito Juárez proponiéndole un armisticio donde ella conservaría el título y él se encargaría de la administración.

Las cartas se acumulaban en un cajón etiquetado como Correspondencia Imperial Pendiente. El administrador enviaba una o dos al mes, generalmente a parientes que tenían paciencia para responder con evasivas corteses.

La rutina imperial de Bouchout era impecable. Carlota se levantaba a las siete, desayunaba chocolate con tostadas (que llamaba consejo de ministros matutino), dictaba órdenes ejecutivas hasta las once, paseaba por los jardines inspeccionando las fronteras del reino, almorzaba mientras revisaba informes de inteligencia (periódicos atrasados que Mathilde traducía libremente), y dedicaba las tardes a la planificación estratégica sobre un mapa de México colgado en la pared.

—Mathilde, ¿ya llegaron los refuerzos austriacos?

—Están en camino, Madame. El emperador Francisco José dice que esperemos.

—¿Y los franceses?

—También esperando órdenes, Madame.

—¿Y Maximiliano?

Mathilde dudaba siempre en esta pregunta. Las noticias habían llegado en julio, pero había aprendido que la verdad completa podía ser peligrosa. —El emperador está consolidando posiciones, Madame. Muy ocupado.

—Excelente. Que sepa que aquí todo está bajo control.

Los empleados del castillo habían desarrollado un sistema perfecto para mantener funcionando el imperio fantasma. El jardinero era ascendido a General en Jefe cuando Carlota inspeccionaba las tropas (los rosales). El chofer se convertía en Ministro de Comunicaciones cuando ella necesitaba enviar despachos urgentes. Y el cocinero asumía el cargo de Intendente Imperial durante las ceremonias oficiales (las comidas).

Las visitas al castillo eran raras pero memorables. Ocasionalmente llegaba algún pariente lejano, diplomático curioso o periodista en busca de historia. Todos eran recibidos con protocolos de estado que incluían presentación de credenciales, audiencia formal, y cena de gala donde Carlota ofrecía brindis por la victoria final del Imperio Mexicano.

—¿Cómo ve usted la situación en América, Embajador? —le preguntó una vez a un primo belga que había venido a verificar que siguiera viva.

—Muy... compleja, Majestad.

—Por supuesto. Los republicanos nunca entienden la importancia del orden. Pero no se preocupe. Pronto restableceremos la estabilidad.

Los años pasaron con lentitud burocrática. Carlota envejeció sin perder elegancia. Su cabello se volvió blanco, pero siguió peinándolo con altura imperial. Su rostro se llenó de arrugas, pero conservó la expresión de quien espera noticias importantes. Y su voz perdió fuerza, pero mantuvo el tono de mando.

En sus últimos años, Carlota desarrolló una obsesión por los protocolos funerarios. Dictó instrucciones detalladas sobre su entierro: cortejo

imperial, honores militares, y una inscripción que dijera Carlota, Emperatriz de México, que nunca abdicó.

—¿Y si no autorizan la inscripción? —preguntó el administrador.

—Entonces pongan: Carlota, que fue más emperatriz muerta que muchos emperadores vivos.

Una mañana de enero de 1927, Mathilde encontró a Carlota en su cama, con expresión serena y una carta terminada sobre la mesita de noche. La carta, dirigida a Maximiliano, decía: Querido Max: El imperio está listo para tu regreso. Los ministros te esperan, las tropas están preparadas, y yo he mantenido todo en orden. Tu esposa que te ama y que nunca dudó. Carlota, Emperatriz.

Al pie había una nota para Mathilde: Entrega esta carta cuando llegue el emperador. Seguramente llegará pronto.

La enterraron en Laeken con honores reales, pero sin el título de Emperatriz de México. Las autoridades belgas consideraron que había sido solo un episodio desafortunado en la biografía de una princesa que había perdido el juicio por razones comprensibles.

Pero en su tumba, alguien —probablemente Mathilde— grabó con letras pequeñas, casi invisibles: Gobernó un imperio imaginario mejor que otros gobernaron imperios reales.

Y tenía razón. Durante sesenta años, Carlota había dirigido un país donde no había corrupción, no había traiciones, no había hambre, y no había guerras civiles. Un país donde las órdenes se cumplían, los ministros eran leales, y el emperador siempre regresaba a casa.

Un país perfecto. Un país imposible. Un país que solo podía existir en la mente de una emperatriz que había preferido la locura coherente a la cordura cobarde.

Y después de todo, ¿no era esa la definición más exacta del poder: la capacidad de hacer que otros creen en tu versión de la realidad?

Carlota lo había logrado. Había gobernado un imperio durante sesenta años. Solo que el imperio estaba en Bélgica, los súbditos eran empleados pagados, y la única que creía en él era ella.

Pero había sido, sin duda, el gobierno más estable en la historia de México.

Epílogo

El Imperio de la Risa

Y así terminó el único imperio en la historia de la humanidad que fue fundado por un malentendido, administrado por incompetentes, defendido por ilusos, atacado por idealistas, y recordado por historiadores que se toman demasiado en serio.

Porque la verdad, señoras y señores, es que el Segundo Imperio Mexicano fue la broma más cara que se haya gastado jamás en América Latina. Una broma que costó miles de vidas, millones de pesos, y tres años de dignidad nacional, pero que al final produjo la única cosa que justifica cualquier tragedia: una historia que vale la pena contar.

Revisemos los números, porque a los mexicanos nos gustan las estadísticas tanto como nos gusta quejarnos de ellas:

Duración del imperio: Tres años, cuatro meses y doce días. Menos que un gobierno municipal decente, pero más que la mayoría de los matrimonios de la aristocracia europea.

Número de batallas ganadas por el ejército imperial: Varias, dependiendo de cómo se cuenten las escaramuzas, los malentendidos, y las veces que los liberales se retiraron por aburrimiento.

Número de batallas que importaron: Ninguna.

Costo total de la aventura: Imposible de calcular, porque incluye deudas francesas, préstamos austriacos, impuestos mexicanos, y la cuenta del hotel de Carlota en Roma, que todavía debe estar pendiente.

Número de mexicanos que realmente querían un emperador austriaco: Estadísticamente insignificante. Probablemente menos que los que querían que nevara en Acapulco.

Pero las estadísticas, como los discursos políticos, no cuentan toda la historia. La historia completa incluye elementos que ningún censo puede medir: la capacidad humana para el autoengaño, la tendencia aristocrática a confundir los deseos con los hechos, y el talento mexicano para convertir cualquier tragedia en comedia, especialmente si involucra a extranjeros que llegan con aires de grandeza.

Empecemos por los protagonistas, que merecen un epitafio individual:

Maximiliano de Habsburgo (1832-1867): Murió como vivió, con elegancia y sin entender completamente dónde estaba. Epitafio sugerido: Aquí yace un hombre que quiso ser emperador de México y terminó siendo emperador de nada, pero lo hizo con estilo.

Carlota de Bélgica (1840-1927): Vivió ochenta y siete años, sesenta de los cuales los pasó gobernando un imperio que existía únicamente en su habitación del castillo de Bouchout. Su récord de estabilidad gubernamental sigue siendo imbatible en la historia de México. Epitafio sugerido: Gobernó mejor que muchos cuerdos, y más tiempo que todos los emperadores mexicanos combinados.

Napoleón III (1808-1873): El hombre que inventó la intervención humanitaria como pretexto para el colonialismo. Murió en el exilio, probablemente planeando la conquista de Madagascar. Epitafio sugerido: Soñó con un imperio francés que llegara hasta China, y terminó perdiendo hasta Alsacia-Lorena.

Benito Juárez (1806-1872): El único político mexicano que cumplió lo que prometió, lo cual automáticamente lo convierte en una anomalía histórica. Murió de muerte natural, que en México es casi tan raro como morir emperador. Epitafio sugerido: Demostró que los mexicanos podemos gobernarnos solos, aunque no siempre queramos.

Pero los protagonistas son solo la parte visible del iceberg de absurdos. La verdadera comedia estaba en el reparto secundario:

Los conservadores mexicanos, que pensaron que la solución a los problemas de México era importar un gobernante europeo, demostraron ese optimismo característico de la clase política que cree que los problemas complejos tienen soluciones simples.

Los liberales tardaron tres años en derrotar a un ejército extranjero que había llegado sin mapas, sin dinero, y sin ganas reales de pelear. Su velocidad de reacción sugiere que la resistencia heroica es inversamente proporcional a la prisa por hacerla.

Los franceses llegaron a México con la misma mentalidad con la que los turistas llegan a Cancún: esperando que todo fuera más barato, más fácil, y más parecido a su país. Se fueron con la misma desilusión, pero con menos dinero y más muertos.

Los austriacos enviaron a su archiduque favorito a gobernar un país del que sabían menos que los franceses, que ya era decir mucho. Era como mandar a alguien a dirigir una orquesta sin preguntarle si sabe música, o si la orquesta existe.

Y finalmente, los historiadores, que durante ciento cincuenta años han escrito sobre el Imperio Mexicano con la seriedad de quien analiza las causas de la Primera Guerra Mundial, cuando en realidad deberían tratarlo como lo que fue: una sitcom internacional que se salió de control.

Porque esa es la verdad incómoda que nadie quiere admitir: el Segundo Imperio Mexicano fue hilarante. No en el momento —en el momento fue trágico, costoso, y sangriento— pero visto con perspectiva histórica, es imposible mantener la compostura.

¿Cómo no reírse de un emperador que llegó a México convencido de que lo habían invitado, cuando en realidad lo habían secuestrado políticamente? ¿Cómo mantener la seriedad ante una emperatriz que pasó sesenta años dirigiendo reuniones de gabinete con sillas vacías? ¿Cómo no sonreír ante generales franceses perdidos en el desierto de Sonora, preguntándose por qué México no se parecía a los folletos turísticos?

Pero la risa, hay que aclararlo, no es cruel. Es liberadora. Reírse del poder es la forma más efectiva de quitarle poder al poder. Y el poder, en todas sus manifestaciones —imperial, republicano, conservador, liberal, extranjero, nacional— siempre ha sido fundamentalmente ridículo.

El poder es ridículo porque se toma en serio a sí mismo. Porque cree que sus decisiones cambiarán el mundo, cuando en realidad el mundo tiene sus propias ideas. Porque piensa que la historia lo recordará con admiración, cuando la historia tiene memoria selectiva y tendencia a la ironía.

Maximiliano era ridículo porque creía que se podía llegar a México desde Austria y encontrar un pueblo esperándolo con flores. Pero no más ridículo que Juárez, que creía que se podía gobernar México desde una carreta, huyendo de ciudad en ciudad.

Napoleón III era ridículo porque pensaba que Francia podía conquistar México mientras Prusia se preparaba para conquistar Francia. Pero no más ridículo que los conservadores mexicanos, que pensaban que un archiduque austriaco entendería los problemas de Michoacán.

Carlota era ridícula porque siguió siendo emperatriz cuando ya no había imperio. Pero no más ridícula que los republicanos mexicanos, que celebraron la victoria sobre el imperialismo y después establecieron una dictadura que duró treinta años.

Todos eran ridículos porque todos confundieron sus deseos con la realidad, sus planes con los hechos, y sus buenas intenciones con los buenos resultados. Es decir, porque se comportaron exactamente cómo se comportan todos los políticos en todas las épocas y en todos los países.

La diferencia es que estos políticos tuvieron la suerte de protagonizar una comedia histórica tan bien estructurada que parece escrita por un dramaturgo con sentido del humor.

Pero la verdadera enseñanza del Imperio Mexicano no está en los libros de historia. Está en la capacidad que demostró México para sobrevivir a sus salvadores. Porque México, como todos los países que han durado más de quinientos años, tiene un sistema inmunológico político que rechaza automáticamente a cualquier gobierno que trate de funcionar demasiado bien.

México rechazó a Maximiliano no porque fuera austriaco, sino porque pretendía ser eficiente. Rechazó el orden imperial no porque prefiriera el caos republicano, sino porque el caos republicano era su caos, hecho a la medida de sus necesidades nacionales.

Y ahí está la lección final del Segundo Imperio Mexicano: que los países, como las personas, tienen personalidad propia. Y que tratar de cambiar la personalidad de un país es tan difícil como tratar de cambiar la personalidad de una persona: posible en teoría, desastroso en la práctica, y generalmente contraproducente.

México tenía personalidad de república caótica antes de que llegara Maximiliano. La siguió teniendo después de que se fuera. Y la sigue teniendo ahora, ciento cincuenta años después, para desesperación de

todos los políticos que llegan al poder prometiendo que esta vez sí va a ser diferente.

Porque lo único que no cambia en México es la promesa de que todo va a cambiar. Y lo único que siempre cambia es la excusa de por qué no cambió nada.

Que descanse en paz el Imperio Mexicano. Duró poco, costó mucho, y no sirvió para nada.

Pero nos hizo reír durante ciento cincuenta años.

Y en un país donde la risa es el único lujo que todo el mundo puede permitirse, eso no es poco.

Fin

Nota del autor: Esta historia fue escrita con base en hechos reales, testimonios históricos, y una cantidad considerable de licencia poética. Cualquier parecido con la realidad es responsabilidad de la realidad, que tiene tendencia a ser más absurda que la ficción. Los errores históricos son intencionales y están incluidos para darle más verosimilitud al relato. Los errores no intencionales son responsabilidad del siglo XIX, que fue una época muy confusa para todos los involucrados.